

BOAS

NOVIEMBRE 2007 (I)
TOMO CXLVIII Nº 2249



Archidiócesis de Sevilla

Redacción:

Registro y Archivo de la Secretaría General

Tfno: 954 505 515, Ext.734

E-mail: secretariogeneral@archisevilla.org

Arzobispado de Sevilla

Apartado 6 – 41080 Sevilla

Imprime:

Alfecat Impresores

Tfno: 954 35 64 09

Depósito legal: SE-61-1958

Normas de pago:

- * Precio de la suscripción anual: 30 euros.
- * Parroquias y conventos de clausura, por habilitación.
- * Los restantes suscriptores pagarán en el primer trimestre

**BOLETÍN OFICIAL
DE LA ARCHIDIÓCESIS DE SEVILLA****Noviembre 2007 (I)****Nº 2249****Cardenal Arzobispo***El desierto del hambre*

Carta Pastoral con motivo de la Campaña
de Manos Unidas 781

Nuestra Iglesia Diocesana

Carta Pastoral con motivo del Día de la
Iglesia Diocesana 784

Una vivienda digna y para todos

Carta Pastoral con motivo del Día de los Sin
Techo 787

Decreto de Aprobación del Estatuto de la
Curia Diocesana 881 (vol.2)

Estatuto de la Curia Diocesana 883 (vol.2)

Decreto de reforma del Estatuto del Consejo
Presbiteral y del Colegio de Consultores de la
Archidiócesis de Sevilla 924 (vol.2)

Estatuto del Consejo Presbiteral y del Colegio
de Consultores 926 (vol.2)

Decreto por el que se aprueba el Reglamento
del Consejo Diocesano de Pastoral de la
Archidiócesis de Sevilla 942 (vol.2)

Reglamento del Consejo Diocesano de
Pastoral 944 (vol. 2)

Consejo Diocesano de Asuntos Económicos

Acuerdos adoptados en la sesión del 28 de noviembre de 2007	789
---	-----

Secretaría General

Nombramientos	791
Ceses	795
Necrológicas	797

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de reglas	799
Aprobación de Juntas de Gobierno	801

Conferencia Episcopal Española

Campaña de comunicación para informar sobre el nuevo sistema de financiación acordado con el Gobierno	813
---	-----

Santa Sede

Mensaje a los Obispos españoles, con motivo de la beatificación de 498 mártires del siglo XX en España	817
<i>Spe Salvi</i> Encíclica de Benedicto XVI	819
Mensaje del Papa para la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado 2008	865
Nombramientos	868

Agenda

Agenda de noviembre de 2007	871
-----------------------------	-----

Cardenal Arzobispo

Carta pastoral

EL DESIERTO DEL HAMBRE

Carta Pastoral con motivo de la Campaña de Manos Unidas contra el hambre en el mundo

Estad dispuestos a dar razón de vuestra esperanza. Así quería San Pedro que se comportaran los cristianos: que expusieran las razones que motivan su conducta. También podemos preguntar a Manos Unidas por las razones que apoyan su campaña anual contra el hambre en el mundo.

Benedicto XVI ha hablado del desierto del hambre, de ese lugar, no sólo donde falta lo más indispensable para vivir, sino lleno de hombres y mujeres hambrientos y condenados a morir por inanición. Aunque nos parezca inconcebible, son víctimas de ese verdugo tan cruel del hambre que acaba con la misma vida de las personas.

Esta situación nos produce vergüenza y es un gran escándalo que irrita hasta la más mínima sensibilidad del hombre. Por eso, buscar

el bien de las personas es motivo más que suficiente para emprender cualquier tipo de acción, y tratar de resolver un problema de tan inhumanas dimensiones.

Al acercarnos a ese desierto del hambre, y buscando las causas que originan tanto mal, hemos visto que no son simplemente algunas catástrofes naturales o una situación excepcional, sino que esa epidemia del hambre está provocada por el mismo hombre, efecto de guerras y enemistades entre los pueblos, de injusticias, del mal reparto de los bienes que Dios ha puesto en la mesa de este mundo para que puedan ser alimento para todos.

Es ese mismo clamor de la injusticia el que impulsa a Manos Unidas a poner en marcha unos proyectos, encaminados a que a los hombres y mujeres del mundo les sea reconocido un derecho tan fundamental como es el de vivir, y el de hacerlo con la dignidad que como a personas les corresponde.

Queremos que el asiente de todas las acciones y comportamientos cristianos tengan siempre como base la justicia y el derecho que asiste a las personas. Pero, como cristianos, tenemos también unas sólidas y fuertes razones en la que apoyarnos y que son, al mismo tiempo, el espíritu que ha de definir la identidad de manos unidas como movimiento cristiano.

Hemos visto la situación en la que se encuentran los hijos de Dios. Nuestro corazón se ha conmovido, la misericordia, que es amor cristiano, se pone en camino buscando remedio para tanto mal.

En esos hombres y mujeres hambrientos hemos reconocido el rostro y la vida de nuestro Señor Jesucristo. Él se vistió de nuestra misma naturaleza humana. También con la de los hambrientos de este mundo.

Junto a los proyectos que se proponen, tenemos que poner nuestra oración más confiada. "Danos el pan de cada día". Danos el pan a todos. Y el que más reciba, que nunca se olvide de repartirlo con los que fueron más desfavorecidos.

Son, pues, muchos y muy sólidos y arraigados los motivos que tenemos para emprender, con todo el entusiasmo, una nueva campaña de Manos Unidas. La ayuda de Dios no nos ha de faltar. También el apoyo de nuestra iglesia diocesana.

Con mi bendición.

+ Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

NUESTRA IGLESIA DIOCESANA

Carta Pastoral con motivo del Día de la Iglesia Diocesana 18 noviembre 2007

Parroquias, comunidades de vida consagrada, asociaciones, hermandades, movimientos apostólicos, nuevas comunidades eclesiales y los fieles todos, formamos esta familia particular del pueblo nuevo de Dios y que llamamos Iglesia diocesana.

No se trata de un extenso grupo organizado, sino de una verdadera comunidad de hombres y de mujeres llamados en Jesucristo y que han recibido el bautismo.

El obispo es, a la vez, maestro y pastor, como sucesor de los apóstoles y el que da la unidad a la diversidad de vocaciones, ministerios y actividades pastorales.

En la realidad de este mundo

Nuestra condición de cristianos, no solamente no nos aleja de la realidad social en la que vivimos sino que nos obliga ser auténticos y creíbles testigos de nuestro Señor Jesucristo en medio de ese mundo.

Una ejemplaridad activa, que no es indiferente a la realidad, tantas veces difícil y dolorosa en que viven nuestros hermanos. Esa situación nos interpela y urge a salir con el remedio a tanta necesidad. Pensemos, por ejemplo, en los inmigrantes, en tantos y tantos marginados por causas muy diversas, en los que no tienen fe, en los jóvenes desorientados, en las familias destruidas...

Como una diócesis concreta, tenemos una particular vocación, que proviene del bautismo, pero también de la historia y tradición de esta diócesis, y que se nos ha dejado como gozosa herencia y responsabilidad. Esta vocación particular se refleja, de modo ejemplar, en la vida de aquellos que componen el catálogo de nuestros santos, y que están en la mente de todos.

Nuestra propia identidad

Gracias a Dios no tenemos crisis de identidad. Sabemos muy bien cuál es nuestro origen y vocación: Cristo. También conocemos la misión que hemos de llevar a cabo: anunciar su Evangelio con obras y con palabras.

Ahora bien, una diócesis, en este caso la nuestra de Sevilla, tiene que dar forma permanente a esa vocación y ministerio universal. Y lo hace a través de su organización peculiar, siempre encaminada a la evangelización.

Junto a este cometido primordial, está la incuestionable obligación de la caridad, vivida en formas tan diferentes y siempre con el compromiso de dar respuesta a las muchas y concretas necesidades y carencias de los pobres.

No basta estar bautizado e inscrito en la lista de los pertenecientes a la Iglesia católica en la diócesis de Sevilla. Hay que vivir prácticamente la fe y los sacramentos y participar en las acciones propias de la Iglesia.

Con el fin de dar unidad a las distintas acciones y programas, periódicamente se hace una revisión, y de ella nacen los planes pastorales, con los que queremos subrayar el campo al que debemos prestarle una particular atención. Este año, por ejemplo, el objetivo prioritario es el de la juventud y de la familia.

Caminando con Cristo

En nuestros planes y proyectos pastorales, no queremos otra cosa que seguir fielmente lo que de Cristo y de los apóstoles hemos

recibido, actuando de tal manera que sea una acción apostólica, que llegue a todos y esté presente en cada una de nuestras acciones pastorales.

Nuestra Iglesia de Sevilla no puede dejarse atrapar por las dificultades que surgen de un lado y de otro. Confiamos en el Espíritu de Dios que nos guía y fortalece. Pero tendremos que estar atentos a los problemas que se presentan y afrontarlos con la ayuda del Señor.

La fuente en la que hemos de beber es la del amor de Cristo. No se agota nunca. Muchas veces, el desánimo y la flaqueza provienen, no por falta del "agua viva", sino por la desgana y no querer beber. Hay que acudir a los manantiales de la vida cristiana, que son los sacramentos, particularmente los de la penitencia y la Eucaristía.

Hemos sido llamados a formar esta querida familia que es la Iglesia de Sevilla. Entre todos tenemos que ayudarla a seguir realizando su labor evangelizadora y pastoral. A todos nos compete el servirla y procurar el sostenimiento económico de sus instituciones y de su labor caritativa y social. Este año hemos emprendido una nueva campaña sobre la ayuda y financiación de la diócesis. Ruego encarecidamente a todos que le prestéis la máxima atención.

Con mi gratitud y bendición

+ Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Carta Pastoral

UNA VIVIENDA DIGNA Y PARA TODOS

Carta Pastoral con motivo del Día de los sin techo 25 noviembre 2007

Es un asunto de interés permanente en los medios de comunicación. Cada día hay una nueva oferta de un piso en mejores condiciones y en una urbanización maravillosa. Junto a este anuncio, la noticia de que suben los tipos de interés y las hipotecas se disparan. Un poco más allá, en el capítulo de sucesos, aparece el caso de la agresión a los que duermen en la calle.

El tema de la vivienda es noticia, casi siempre como problema, aunque la solución sea uno de los contenidos de los programas que ofertan los partidos políticos para las próximas elecciones.

Los números que se nos ofrecen son éstos: en la Unión Europea se estima que hay alrededor de tres millones de personas sin vivienda. Y nada menos que otros quince millones habitan en viviendas precarias.

Una mala noticia: está usted curado y puede abandonar el hospital; está usted rehabilitado y puede dejar el centro de recuperación; está usted libre y puede salir de la cárcel... ¿Y dónde voy ahora? Es una persona sin hogar, sin techo, sin vivienda.

Aparte de estas situaciones, hay otras muchas relacionadas con la pobreza y con la exclusión, que nos ofrecen en toda su crudeza el drama de la carencia de vivienda. Muchas personas que carecen de hogar porque no tienen dinero para conseguirlo. Para otras, es casi imposible poder vivir en un piso digno, debido al enorme rechazo social de la comunidad de vecinos. Algunos, incluso, tienen miedo a vivir en un domicilio localizable: son los "sin papeles". No pocos han perdido hasta la capacidad de tener una casa. Piensan que la suya es la calle y los cartones bajo los que se cobijan.

Cáritas diocesana, siempre atenta a los problemas y carencias

de los más necesitados, ha puesto en marcha algunos programas, tan laudables como eficaces, para ayudar a estas personas sin techo, tratando, no sólo de ayudarles a tener una casa, sino a saber vivir en ella.

La justicia y la caridad se hermanan para exigir este derecho fundamental de tener una casa donde vivir, y de poder hacerlo con la mayor dignidad.

Dios Padre necesita una casa para sus hijos, para todos sus hijos.

Con mi bendición,

+ Carlos, Cardenal Amigo Vallejo
Arzobispo de Sevilla

Consejo Diocesano de Asuntos Económicos

Acuerdos de la sesión del 28 de noviembre de 2007

1.1 Parroquia Santiago el Mayor (Écija)

La Parroquia solicita autorización para acogerse al Convenio de Colaboración Financiera entre Caja Sol y la Archidiócesis de Sevilla mediante un préstamo de 132.000 €.

La finalidad de este préstamo será la financiación de las obras de reforma y mantenimiento del templo parroquial.

Estudiada la solicitud y teniendo en cuenta el parecer del Vicario episcopal de la zona Sur, del Párroco y de su Consejo económico, se acuerda conceder el aval para que la Parroquia solicite a Caja Sol un préstamo de 132.000 € a amortizar en 180 meses

1.2 Parroquia de la Purísima Concepción (Lantejuela)

La Parroquia solicita autorización para acogerse al Convenio de Colaboración Financiera entre Caja Sol y la Archidiócesis de Sevilla mediante un préstamo de 30.000 €.

La finalidad de este préstamo será la financiación de las obras de construcción de salones parroquiales y vivienda del párroco

Estudiada la solicitud y teniendo en cuenta el parecer del Vicario Episcopal del zona Sur, del Párroco y de su Consejo económico, se acuerda conceder el aval para que la Parroquia solicite a Caja Sol un préstamo de 30.000 € a amortizar en 60 meses

Secretaría General

Nombramientos

D. Gabriel Sánchez García, Director Espiritual de la Real e Ilustre Hdad. del Santísimo Sacramento y Cofradía de Nazarenos del Santísimo Cristo de las Aguas, el Señor Sentado en la Peña y Ntra. Sra. de los Dolores, de Guadalcanal.

14 de noviembre de 2007

D. Gabriel Sánchez García, Director Espiritual de la Hdad. del Santísimo Cristo del Santo Sepulcro y Ntra. Sra. de la Soledad, de Guadalcanal.

14 de noviembre de 2007

D. Gabriel Sánchez García, Director Espiritual de la Hdad. y Cofradía de Nuestro Padre Jesús y María Santísima de la Amargura, de Guadalcanal.

14 de noviembre de 2007

D. Gabriel Sánchez García, Director Espiritual de la Real e Ilustre Hdad. de Nuestra Señora de Guaditoca, de Guadalcanal.

14 de noviembre de 2007

P. Manuel Domínguez Lama (OFM), Director Espiritual de la Antigua, Fervorosa e Ilustre Hdad. del Redil Eucarístico de la Divina Pastora de las Almas, de Sevilla
14 de noviembre de 2007

P. Manuel Domínguez Lama (OFM), Director Espiritual de la Antigua, Fervorosa y Franciscana Hdad. Sacramental y Cofradía de Nazarenos del Santo Sudario, Santísimo Cristo del Buen Fin, Nuestra Señora de la Palma Coronada, San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, de Sevilla.
14 de noviembre de 2007

D. Gabriel Sánchez García, Director Espiritual de la Hdad. del Cristo de la Humildad y Paciencia "Sentado en la Peña" y María Santísima de la Paz, de Guadalcanal.
23 de noviembre de 2007

D. Jesús Maya Sánchez, Arcipreste del Arciprestazgo de Centro A en la Vicaría Episcopal Sevilla I.
19 de noviembre de 2007

D. Pedro Juan de Dios Álvarez Barrera, Arcipreste del Arciprestazgo de Centro B en la Vicaría Episcopal Sevilla I.
19 de noviembre de 2007

D. Francisco Navarro Ruiz, Arcipreste del Arciprestazgo de Triana-Los Remedios en la Vicaría Episcopal Sevilla I.
19 de noviembre de 2007

D. Miguel Oliver Román, Arcipreste del Arciprestazgo de San Bernardo en la Vicaría Episcopal Sevilla I.
19 de noviembre de 2007

D. José García León, Arcipreste del Arciprestazgo de San Jerónimo-Pío XII en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

D. Ángel Antonio Failde Rodríguez, Arcipreste del Arciprestazgo de la Corza-Pino Montano en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

D. Manuel Moreno Reina, Arcipreste del Arciprestazgo de San Pablo en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

D. Gabriel Garrido Luceño, Arcipreste del Arciprestazgo de Amate-Cerro del Águila en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

P. Juan Domingo Velasco Medel (CO), Arcipreste del Arciprestazgo de Aeropuerto-Torreblanca en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

D. Julián Novoa Rivas, Arcipreste del Arciprestazgo de La Oliva-Bellavista en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

D. Juan José Andrés Romero, Arcipreste del Arciprestazgo de Cazalla de la Sierra en la Vicaría Episcopal Norte.
19 de noviembre de 2007

D. Francisco Javier Nadal Villacreces, Arcipreste del Arciprestazgo de Lora del Río en la Vicaría Episcopal Norte.
19 de noviembre de 2007

D. José Francisco García Gutiérrez, Arcipreste del Arciprestazgo de Villaverde del Río en la Vicaría Episcopal Norte.
19 de noviembre de 2007

D. Luis Joaquín Rebolo González, Arcipreste del Arciprestazgo de Écija en la Vicaría Episcopal Sur.
19 de noviembre de 2007

D. Antonio Raúl Moreno Enríquez, Arcipreste del Arciprestazgo de Morón de la Frontera en la Vicaría Episcopal Sur.
19 de noviembre de 2007

D. Ramón Carmona Morillo, Arcipreste del Arciprestazgo de Estepa en la Vicaría Episcopal Sur.
19 de noviembre de 2007

D. Manuel Ávalos Fernández, Arcipreste del Arciprestazgo de Osuna en la Vicaría Episcopal Sur.
19 de noviembre de 2007

D. Antero Pascual Rodríguez, Arcipreste del Arciprestazgo de Dos Hermanas en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Juan Luis Rubio Lora, Arcipreste del Arciprestazgo de Carmona en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Manuel Cano Castellano, Arcipreste del Arciprestazgo de Utrera en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

P. Tomás Javier Gago (OMD), Arcipreste del Arciprestazgo de Marchena en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Félix José Amo Molina, Arcipreste del Arciprestazgo de Alcalá de Guadaíra en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Francisco Javier Aranda Palma, Arcipreste del Arciprestazgo de Lebrija en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Antonio José Mellet Márquez, Arcipreste del Arciprestazgo de Itálica en la Vicaría Episcopal Oeste.
19 de noviembre de 2007

D. Carlos Coloma Ruiz, Arcipreste del Arciprestazgo de Castilleja de la Cuesta en la Vicaría Episcopal Oeste.
19 de noviembre de 2007

D. Emilio Morejón Camacho, Arcipreste del Arciprestazgo de Pilas en la Vicaría Episcopal Oeste.
19 de noviembre de 2007

D. José Ignacio Arias García, Arcipreste del Arciprestazgo de Sanlúcar la Mayor en la Vicaría Episcopal Oeste.
19 de noviembre de 2007

D. José Tomás Montes Álvarez, Arcipreste del Arciprestazgo de San Juan de Aznalfarache en la Vicaría Episcopal Oeste.
19 de noviembre de 2007

D. Cayetano Medina Somosierra, Presidente Diocesano de la Rama Masculina de la Adoración Nocturna.
28 de noviembre de 2007

Ceses

P. Arcángel Manzano Rodríguez (OFM), Director Espiritual de la Antigua, Fervorosa e Ilustre Hdad. del Redil Eucarístico de la Divina Pastora de las Almas, de Sevilla; Director Espiritual de la Antigua, Fervorosa y Franciscana Hdad. Sacramental y Cofradía de Nazarenos del Santo Sudario, Santísimo Cristo del Buen Fin, Nuestra Señora de las Palma Coronada, San Francisco de Asís y San Antonio de Padua, de Sevilla.
14 de noviembre de 2007

D. José Blanco Gálvez, Arcipreste del Arciprestazgo de la Corza-Pino Montano en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

D. Eloy Caracuel García de Toledo, Arcipreste del Arciprestazgo de La Oliva-Bellavista en la Vicaría Episcopal Sevilla II.
19 de noviembre de 2007

D. Esteban Santos Peña, Arcipreste del Arciprestazgo de Écija en la Vicaría Episcopal Sur.
19 de noviembre de 2007

D. Juan Ávalos Andrade, Arcipreste del Arciprestazgo de Osuna en la Vicaría Episcopal Sur.
19 de noviembre de 2007

D. Salvador Andrade Holgado, Arcipreste del Arciprestazgo de Dos Hermanas en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. José Manuel Martínez Santana, Arcipreste del Arciprestazgo de Carmona en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Julián Jesús Hernández Lancha, Arcipreste del Arciprestazgo de Utrera en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Adrián Ríos Bailón, Arcipreste del Arciprestazgo de Lebrija en la Vicaría Episcopal Este.
19 de noviembre de 2007

D. Francisco José Ortiz Bernal, Arcipreste del Arciprestazgo de Pilas en la Vicaría Episcopal Oeste.
19 de noviembre de 2007

D. Francisco Carretero Mesa, Arcipreste del Arciprestazgo de Sanlúcar la Mayor en la Vicaría Episcopal Oeste.
19 de noviembre de 2007

Necrológicas

D. Andrés Jiménez Martínez

El pasado 29 de noviembre falleció en Sevilla el sacerdote Andrés Jiménez Martínez, a los 61 años de edad.

Nació el 26 de febrero de 1946 en la localidad sevillana de Villaverde del Río, donde fue ordenado sacerdote el 23 de marzo de 1974.

Fue párroco de la Parroquia de Guadajoz y de las Parroquias de San Fernando de Villanueva del Río y Minas, de la de San Miguel de Morón de la Frontera, de Ntra. Sra. de la Oliva de Salteras y de la Purísima Concepción de Brenes.

En la actualidad era Vicario Parroquial de la Parroquia de Nuestra Señora de los Remedios, de Sevilla.

Departamento de Asuntos Jurídicos

Aprobación de reglas

Antigua y Fervorosa Hdad. y Primitiva Cofradía de Nazarenos de Ntro. Padre Jesús Nazareno y Ntra. Sra. de los Dolores, Sto. Entierro de Ntro. Sr. Jesucristo y Ntra. Sra. de la Soledad y de los Santos Mártires Patronos San Crispulo y San Restituto, de Peñaflor.

Decreto Prot. Nº 2877/07, de fecha 2 de Noviembre de 2007

Hospitalidad Diocesana Sevilla-Lourdes

Decreto Prot. Nº 3000/07, de fecha 15 de Noviembre de 2007

Real, Ilustre y fervorosa Hdad. Sacramental de la Pura y Limpia Concepción de la Stma. Virgen María, Animas Benditas del Purgatorio y Cofradía de Nazarenos del Stmo. Cristo de la Salud, M^a Stma. del Refugio, Sta. Cruz, Ntra. Sra. del Patrocinio, Santa Bárbara y San Bernardo, de Sevilla.

Decreto Prot. Nº 3024/07, de fecha 19 de Noviembre de 2007

Real Hdad. Mercedaria de Ntro. Padre Jesús de la Paz en Su Entrada Triunfal en Jerusalén y María Stma. de la Palma, de Marchena.

Decreto Prot. Nº 3132/07, de fecha 28 de Noviembre de 2007

Aprobación de Juntas de Gobierno

PRIMITIVA HERMANDAD DE NAZARENOS DE SEVILLA, ARCHICOFRADÍA PONTIFICIA Y REAL DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO, SANTA CRUZ EN JERUSALÉN Y MARÍA STMA. DE LA CONCEPCIÓN, de Sevilla,
2 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Antonio Rodríguez Cordero
CONSILIARIO 1º: D. Alberto Ybarra Mencos
CONSILIARIO 2º: D. Eduardo del Rey Tirado
CENSOR 1º: D. Eduardo Basa Ybarra
CENSOR 2º: D. Antonio Aguilar Carmona
MAYORDOMO 1º: D. Eduardo Castillo Ybarra
MAYORDOMO 2º: D. Francisco Javier Solano Vázquez
SECRETARIO 1º: D. Ramón Aguilar Mingo
SECRETARIO 2º: D. Juan Francisco Reina Zamora
PRIOSTE 1º: D. Amador Moreno Robles
PRIOSTE 2º: D. Pablo Sánchez Fernández-Palacios
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Eduardo Rodríguez Alonso
DIPUTADOS: D. Ignacio Conrado Torres
D. Crisanto Calmarza de la Bandera
D. Pedro José Domínguez Fernández
D. José Miguel García Gálvez
D. Jorge Sánchez-Matamoros Calvillo
D. Hortilio Pereda Armador
D. Fidel Márquez Palacios

HERMANDAD Y PRIMITIVA COFRADÍA DE NTRO. PADRE JESÚS MAZARENO, SANTA CRUZ EN JERUSALÉN Y STMA. VIRGEN DE LOS DOLORES, de Paradas,

2 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Joaquín Bascón Torres
TTE. HNO. MAYOR: D. Jesús C. Pérez Hurtado
MAYORDOMO 1º: D. Mario Alcalde Barrera
MAYORDOMO 2º: D. José Eutropio Lara Ramírez

SECRETARIO 1º: D. Gustavo A. Vera Romero
SECRETARIO 2º: D. José Manuel Cansino Muñoz Repiso
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Antonio Suárez Márquez
PRIOSTE 1º: D. José Juan Carrión Trigueros
PRIOSTE 2º: D. Alejandro Marín Muñoz
DPTDA. JUVENTUD: Dª Amanda Rodríguez Hurtado
DPTDA. CULTOS: Dª Mercedes García López
DPTDO. CARIDAD: D. marcos A. Saucedo Lara
DIPUTADOS: D. Alejandro barrera Arcnegui
D. Carlos M. Saborido cansino
D. Salvador E. Cansino Carrión
D. Victor M. Cansino Arcenegui
D. Daniel Cansino Nuñez-Repiso
Dª Pilar Carmona Montero

REAL ARCHICOFRADÍA DE NAZARENOS DE LA CORONACIÓN DE ESPINAS DE NTRO. SRÑOR JESUCRISTO, GLORIOSO SEÑOR SAN MARCOS, GLORIOSO SEÑOR SAN ROQUE, STMO. CRISTO DE LA SALUD, NTRA. SRA, DE LOS DOLORES, SGDO. CORAZÓN DE JESUS Y SAN JUAN DE DIOS, de Ecija.

5 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. José María Valseca Montaña
HNO. MAYOR 2º: D. Fernando Santa-Cruz Aguilar
HNO. MAYOR 3º: D. Juan Hoyo Sánchez
SECRETARIO: D. José Manuel García Moreno
VICE-SECRETARIO: D. Antonio Sevillano Fernández
DEPOSITARIO: D. Juan Bautista Martín Ostos
VICE-DEPOSITARIO: D. Antonio Martínez Romero
FISCAL: D. José Manuel Munzón Morejón
MAYORDOMO: D. Francisco Ruiz Rodríguez
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Alfonso Castillo Berral
DPTDA. CULTO Y FORM.: Dª Mª Ángeles Herrera Úbeda
DPTDO. JUVENTUD Y CARIDAD: D. Manuel Durán Pérez
ALBACEA PASO CORONAC. ESPINAS: D. Jaime Ruiz Pigne
ALBACEA PASO CRISTO SALUD: D. Jesús Álvarez Bermuda
ALBACEA PASO Nª Sª DOLORES: D. José Mª Valseca Castillo

HERMANDAD SACRAMENTAL Y COFRADÍA DEL STMO. CRISTO DE LA SANGRE Y MARÍA STMA. DE LOS DOLORES, de Espartinas.

5 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Manuel Mora Moreno
TTE. HNO. MAYOR: D. Eduardo Fernández Nogales
SECRETARIO: D. José Cueto Bellido
TESORERO 1º: D. Manuel Martínez Palacios
TESORERA 2ª: Dª Mª del Carmen Barragán Mora
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Juan Bernardo Fernández de la Rosa
MAYORDOMO 1º: D. Manuel Jesús de la Rosa de la Rosa
MAYORDOMO 2º: D. Antonio López Echegoyán
MAYORDOMO 3º: D. José Manuel Lunar Barrera
PRIOSTE 1º: D. Francisco de la Rosa de la Rosa
PRIOSTE 2ª: Dª Rocío Blanco de la Rosa
DPTDO. CULTOS: D. Domingo de la Rosa de la Rosa
DPTDA. FORM. Y CARIDAD: Dª Mª José Mora Sáenz
DPTDO. JUVENTUD: D. Antonio Martínez Martínez
VOCAL: Dª Iluminada Martínez Martínez
D. José Antonio de la Rosa de la Rosa
Dª Rocío de la Rosa Guzmán
Dª Teresa Rodríguez Corrales

PONTIFICIA, REAL, ILUSTRE Y FERVOROSA HERMANDAD DEL STMO. CRISTO DE BURGOS, NEGACIONES Y LÁGRIMAS DE SAN PEDRO Y MADRE DE DIOS DE LA PALMA, de Sevilla,

5 noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Antonio Candil del Olmo
TTE. HNO. MAYOR: D. Salvador Varea Ramírez
CONSILIARIO 1º: D. Manuel López Morales
CONSILIARIO 2º: D. Daniel Pascual del Pueyo
FISCAL: D. José Antonio Manzano Bermejo
MAYORDOMO 1º: D. José Domingo Escolar Ortega
MAYORDOMO 2º: D. Andrés Suarez Ballesteros
SECRETARIO 1º: D. Alfonso Pascual del Pueyo
SECRETARIO 2º: D. Francisco Javier Manzano Bermejo

ARCHIVERO-BIBLIOTECARIO. D. Manuel M^a Ventura Rodríguez
PRIOSTE 1º: D. Josedé Manuel Moreno Corbacho
PRIOSTE 2º: D. Joaquín Corchero Arcos
DPTDO. MAYOR GOB: D. José M^a Moya García
DPTDO. CULTOS: D. Pedro Caballero García
DPTDO. JUVENTUD: D. Antonio Gómez García

HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DE LA ESTRELLA, de Coria del Río,
6 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Antonio Garcia Velázquez
TTE. HNO. MAYOR: D. Francisco Ojeda Lana
MAYORDOMO: D. Pedro Ojeda Lana
TESORERO: D. Manuel Asián Bizcocho
SECRETARIO 1º: D. Andrés Peñuela Palma
SECRETARIA 2ª: D^a Guillermina Caro Cordero
FISCAL: D. Miguel M. Rico Benítez
DPTDA. CULTOS: D. Josefa Navarro Pavón
DPTDA. CARIDAD: D^a M^a Carmen Medina Ordóñez
DPTDA. JUVENTUD: D^a Inmaculada Palma González
CONSILIARIO 1º: D. Matías Ruiz Japón
CONSILIARIO 2º: d. Francisco González Rodríguez
PRIOSTE 1º: Juan Manuel Infante Franco
PRIOSTE 2º: D. José Librero Fernández
CAMARERAS: D^a Enriqueta Gordillo Palma
D^a Soledad Carbonero Cordero

PONTIFICIA, REAL E ILUSTRE HERMANDAD SACRAMENTAL DE SANTIAGO APÓSTOL Y COFRADÍA DE NTR. PADRE JESÚS DE LOS REMEDIOS EN EL SANTO SEPULCRO Y NTRA. SEÑORA DE LA SOLEDAD, de Castilleja de la Cuesta.
6 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Diego Villar Delgado
TTE. HNO. MAYOR: D. Rafael Rodríguez Martínez
SECRETARIO 1º: D. Enrique Díaz Oliver

SECRETARIA 2ª: Dª Mª del valle Carreras Álvarez
MAYORDOMO 1º: D. José Francisco Verdón Tovar
MAYORDOMO 2º: D. Francisco Fidel Solano Sánchez
FISCAL. D. Antonio Manuel García Carmona
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Francisco Luís García LLorente
CONSILIARIO 1º: D. Manuel Páez Moreno
CONSILIARIO 2º: D. Jaime Prieto Quintanilla
PRIOSTE 1º: D. Francisco Javier Tovar Florencio
PRIOSTE 2º: D. Francisco Sánchez Rodríguez
PROMOTOR SACR.: Dª Mercedes Tovar Tovar
DPTDO. PROM. RELIGIOSA: D. Francisco Javier Contreras Romero
DPTDA. JUVENTUD: Dª Isabel Mª Santed Cháves
DPTDO CARIDAD 1º: D. Manuel garcía prieto
DPTDO CARIDAD 2º: D. Francisco Javier Sánchez Guerra

**REAL HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL STMO.
CRISTO DE LA HUMILDAD Y PACIENCIA, NTRA. SRA. DE LA
AMARGURA, SANTO ENTIERRO, SOLEDAD Y SANTA ÁNGELA
DE LA CRUZ**, de Constantina
7 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Francisco José González de los Reyes
TTE. HNO. MAYOR: D. Francisco Javier Grado Ponce
MAYORDOMO: D. Antonio Ávila Navarro
SECRETARIA. Dª Luisa Mª Amaya Álvarez
TESORERA: Dª Rosario Santos Álvarez
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Ventura E. Romero Sualís
FISCAL: D. David Amaya Álvarez
FISCAL Paso PALIO: D. Francisco Marín Rico
FISCAL Paso CRISTO: D. Juan José Acuña Almaraz
VICE-MAYORDOMO: D. Carlos Rodríguez Álvarez
VICE-TESORERA: Dª Mª Isabel Gutiérrez Melendo
VICE-SECRETARIA: Dª Cristina Rodríguez Meléndez
DPTDO. JUVENTUD: D. José Manuel Rodríguez Cordero
CONSILIARIO: D. Manuel Merchán Álvarez
D. Juan Grado Ponce
PRIOSTE: D. Francisco E. Rodríguez Almaraz
D. Jaime Barrera Sagrario

D. Antonio Rivera Sánchez
D. Manuel Matachana García
VOCAL: D. José Jesús Núñez Fernández
D^a Cristina Navarro Arteaga
D^a Ana González Capitán
D^a Rocío Vicente Caro

PONTIFICIA, REAL E ILUSTRE HERMANDAD SACRAMENTAL DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE LA STMA. VERA-CRUZ Y SANGRE DE CRISTO, NTRO. PADRE JESÚS DEL GRAN PODER Y MARÍA STMA. DE LOS DOLORES, de Castilleja de la Cuesta.
7 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. José Pinto Bermúdez
TTE. HNO. MAYOR: D. Francisco José Álvarez Chaves
PROMOTOR SACRAMENTAL: D. Antonio Rodríguez Navarro
CONSILIARIO 1º: D. Esteban Rosales Cantillo
CONSILIARIA 2ª: D^a M^a Reyes Romero Mena-Bernal
FISCAL: D. José Antonio Leal Hurtado
MAYORDOMO 1º: D. Miguel Rafael Llorente Goncet
MAYORDOMO 2º: D. Luís Chaves Chaves
TESORERA 1ª: D^a M^a José Díaz Ruiz
TESORERA 2ª: D^a M^a José Goncet Cansino
SECRETARIA 1ª: D^a Inmaculada Morgado Mena-Bernal
SECRETARIA 2ª: D^a M^a Teresa Rodríguez González
PRIOSTE 1º: D. Antonio Oliver Prieto
PRIOSTE 2º: D. Juan Carlos Alcántara Serrano
DPTDO. CULTOS: D. Francisco Javier Martín Rodríguez
DPTDA. CARIDAD: D^a M^a Reyes Rosales Jiménez
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Rafael Carmona Adorna

PONTIFICIA E ILUSTRE HERMANDAD SACRAMENTAL DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN Y ÁNIMAS BENDITAS Y COFRADÍA DE NAZARENOS DEL SANTO CRISTO DE SANTIAGO, NTRO. PADRE JESÚS REDENTOR CAUTIVO Y NTRA. SRA. DE LAS LÁGRIMAS, de Utrera.

14 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Roberto Jiménez Corpas
TTE. HNO. MAYOR. D. Iuís Sánchez López
PROMOTOR SACRAMENTAL: D. José M^a Anaya Sánchez
MAYORDOMO 1º: D. Antonio Fernández Rivero
MAYORDOMO 2º: D. Antonio Marchena Camino
SECRETARIO 1º: D. Sergio Sierra Ruiz
SECRETARIO 2º: D. José Ángel Vidal Velázquez
DPTDO. MAYOR GOB.1º: D. Miguel Vela Palomino
DPTDO. MAYOR GOB.2º: D. Cristóbal García Caro
FISCAL 1º: D. Joaquín Marrufo González
FISCAL 2º: D. José Joaquín Prieto Álvarez de Toledo
PRIOSTE 1º: D. Cleofás Rivero Rodríguez
PRIOSTE 2º: D. Manuel Ramírez Casero
DPTDA. CARIDAD: D^a Isabel M^a Roldán González
DPTDO. ACTOS FORM: D. José Manuel Palacios Ángel

**REAL E ILUSTRE HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DE
GUADITOCA**, de Guadalcanal.

15 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Miguel Ángel León Morán
MAYORDOMO: D^a M^a Dolores Fernández Chaves
SECRETARIA: D^a Antonia Gómez Chacón
VOCAL 1º: D. Ramón Atalaya Durán
VOCAL 2ª: D^a M^a Jesús Bernabé Blanco
VOCALES: D^a Isabel M^a Arroyo Cabanillas
D. Rafael Gordillo Jiménez
D^a Carmen Fernández Mejías
D^a M^a del Carmen Moreno Díaz
D^a Pastora Hidalgo Vizcaíno
D^a Inmaculada Atalaya Fernández
D^a M^a Dolores Atalaya Fernández

**FERVOROSA E ILUSTRE HERMANDAD Y COFRADÍA DE
NAZARENOS DE NTRO. PADRE JESÚS DESCENDIDO DE LA**

**CRUZ Y NTRA. MADRE Y SEÑORA DE LA AMARGURA Y SANTA
ÁNGELA DE LA CRUZ,** de Dos Hermanas.

15 de Noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Antonio Díaz Moreno
TTE. HNO. MAYOR: D. Manuel Cuevas Durán
CONSILIARIO: D. Manuel Polo Castro
SECRETARIO 1º: D. Francisco José López Barrera
SECRETARIA 2ª: Dª Ana Isabel Meléndez Román
MAYORDOMO 1º: D. Alfonso Benítez Parra
MAYORDOMO 2º: D. A. Miguel Bascón Román
TESORERO 1º: D. Juan Mª Gómez Cuevas
TESORERO 2º: D. Juan Antonio Alcocer Rubio
PRIOSTE 1º: D. Manuel Tinoco Sánchez
PRIOSTE 2º: D. José Antonio López Almagro
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Antonio Manuel Cano Benítez
DPTDO. CULTOS: D. Juan Manuel Montero Romero
DPTDO. CARIDAD: D. Francisco Salas Rosado
DPTDO. JUVENTUD: D. José M. López López
VOCAL: D. José Manuel Reina Díaz
Dª Mª Ángeles Busto Sánchez
D. José Mena Díaz
D. Francisco Rivero Vergara

**HERMANDAD Y COFRADÍA DE NAZARENOS DE LA SANTA VERA-
CRUZ, SANGRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO Y MARÍA
STMA. DE LOS DOLORES,** de Villanueva del Ariscal.

16 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Pablo Boa García-Tapial
TTE. HNO. MAYOR: D. Francisco Márquez Silva
MAYORDOMO 1º: D. Manuel Lozano Piedra
MAYORDOMO 1º: D. Antonio Bueno Castaño
SECRETARIA 1ª: Dª Mª Dolores Lozano Piedra
SECRETARIO 2º: D. Fernando Carranco Madrid
FISCAL: D. Eusebio Sáenz de Tejada Ramos
CONSILIARIO 1º: D. Francisco Castillo Domínguez
CONSILIARIA 2ª: Dª Catalina Castillo Díaz

DPTDO. CARIDAD: D. Joaquín Bernárdez Castaño
DPTDO. CULTOS Y FORM.: D. Antonio León Macías
DPTDO. MAYOR GOB.: D. Francisco Manuel Bueno León
PRIOSTE 1º: D. Manuel Ramos León
PRIOSTE 2ª: Dª Alicia Rivero Mayorga
DPTDO. JUVENTUD: D. Enrique Castro Miguel

HERMANDAD DE NTRQ. PADRE JESÚS NAZARENO, SANTA CRUZ EN JERUSALÉN Y NTRA. SRA. DE LOS DOLORES, de Cazalla de la Sierra.

19 de noviembre de 2007

HNA. MAYOR: Dª Mª Carmen García Cabanillas
CONSILIARIO: Dª Marta García Acosta
Dª Mª del Monte Rojas Sánchez
SECRETARIO: D. Juan Carlos Fernández González
D. Juan José Sánchez Bayón
CENSOR: Dª Belén García Acosta
Dª Rocío Sánchez Martín
MAYORDOMO: D. Antonio Jesús Gómez Navas
D. José Luís Guerra Osorio
PRIOSTE: Hna. de la Doctrina Cristiana
Dª Mª Carmen Cabeza Antón
DPTDA. MAYOR GOB.: Dª Natividad Caballero Ventura
DIPUTADO: Dª Rosario Acosta Pérez
Dª Antonia Rodríguez Rodríguez
Dª Carmen González Fernández
Dª Soraya Bernabé Márquez
D. José Manuel Bellido Carmona
Dª Araceli Pacheco Martín
Dª Antonia Rodríguez Romero
Dª Inmaculada Martín Rojas
Dª Maruja Moyano Domínguez
D. Francisco Conde Gallego
D. Alejandro Doñoro Morillo
Dª Carmen Manguillo Ahumada
Dª Mª Ángeles Garrido Romero

ILUSTRE, MUY ANTIGUA Y DEVOTA HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL ROCÍO, de Pilas.

21 de noviembre de 2007

PRESIDENTE: D. Manuel Díaz Rodríguez
VICE-PRESIDENTE: D. Antonio Rodríguez Romero
SECRETARIO: D. Manuel Anguas Benítez
VICESECRETARIO: D. María Rodríguez del Valle
TESORERA: D. Inés Márquez Benítez
VICE-TESORERO: D. José Joaquín Roncero Torres
DELEGADO CULTOS: D. Juan José Garrido Moreno
DELEGADO ROMERÍA: D. José real Cuesta
DELEGADO OBRAS ASIST.: D. Pedro Díaz Gómez
DELEGADO ARTE Y CULTURA: D. Pedro Hernández Rodríguez

REAL, ILUSTRE, PRIMITIVA, FERVOROSA HERMANDAD SACRAMENTAL DENTRA. SEÑORA DE LA GRANADA, de Guillena

26 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Roberto Elias Hernández
TTE. HNO. MAYOR: D. José Colón Márquez Vela
PROMOTOR SACRT.: D^a M^a Teresa Gargallo García
MAYORDOMO 1º: D. José Fernando Quiles Puntas
MAYORDOMO 2ª: D^a M^a Cruz Panderó Miguel
SECRETARIO 1º: D. Luís Cristóbal Quiles Puntas
SECRETARIO 2º: D. Antonio Silva Puntas
FISCAL CENSOR: D. Francisco Gómez Unquiles
DPTDA. MAYOR GOB.: D^a Lourdes Puntas Prado
DPTDO. MAYOR CULTO: D. Antonio Salas Ariza
PRIOSTE 1º: D. Enrique Hidalgo González
PRIOSTE 2º: D. Antonio Luís García Fernández
DPTDO. JUVENTUD: D. Carlos Alberto León Perea
DPTDA. CARIDAD: D^a teresa prieto Carmona
DPTDFO. RELAC. PASTORALES: D. Juan Antonio Álvarez Puntas
CONSILIARIO: D. Juan Fernández Lianez

HERMANDAD DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO, (Parroquia de San Julián), de Sevilla.

29 de noviembre de 2007

HNO. MAYOR: D. Juan Carlos Castañeda Muñoz

TTE. HNO. MAYOR: D. Antonio Velasco García

FISCAL: D. Arturo Rojano García

MAYORDOMO 1º: D. Rafael Francisco Mérida Juan

MAYORDOMO 2ª: Dª Mª Carmen Grillo Velasco

SECRETARIO 1º: D. Noemí Castañeda Grillo

SECRETARIO 2º: D. José Mª Linares Alonso

PRIOSTE 1º: D. Pedro Luís Bazán Gallego

PRIOSTE 2º: D. José Francisco Armengol Villalba

DPTDO. MAYOR GOB.: D. Antonio Tomás Mejías

DPTDO. ACTOS Y CULTOS: D. Manuel Olivares Magro

DPTDO. JUVENTUD: D. José Luís Benítez Moreno

Conferencia Episcopal Española

Campaña de Comunicación

CAMPAÑA DE COMUNICACIÓN PARA INFORMAR A LA SOCIEDAD SOBRE EL NUEVO SISTEMA DE FINANCIACIÓN ACORDADO CON EL GOBIERNO Y PARA DAR A CONOCER LA LABOR DE LA IGLESIA.

El objetivo es fomentar una mayor responsabilidad de los católicos y de las personas que aprecian la labor de la Iglesia en la sociedad.

Madrid, 5 de noviembre de 2007

La Conferencia Episcopal Española (CEE) ha presentado una campaña publicitaria, que busca dar a conocer la razón de ser principal de la Iglesia (su misión evangelizadora) de la que se deriva una ingente labor social, educativa, asistencial, etc., que repercute en beneficio de la sociedad. Asimismo, la campaña informa también de las líneas básicas del acuerdo de financiación alcanzado entre el Estado y la Santa Sede en diciembre de 2006, por el que se elimina la dotación directa del

Estado a la Iglesia, se aumenta la asignación del IRPF del 0,5 al 0,7 por ciento y se elimina la exención del IVA.

Esta campaña, que se plantea con vocación de continuidad en el tiempo, incluye algunas de las acciones del plan de Comunicación dirigido a garantizar el sostenimiento económico de la Iglesia Católica en el futuro. Ha sido dirigida por el Secretariado para el Sostenimiento de la Iglesia, de la CEE, cuyo obispo responsable es Mons. D. Antonio Algora Hernando, obispo de Ciudad Real y cuyo director es Juan José Beltrán Yagüe. Les ha asesorado en su trabajo una Comisión compuesta por Mons. D. Juan del Río Martín, obispo de Asidonia-Jerez y Presidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación, Mons. D. Jesús Catalá Ibáñez, obispo de Alcalá de Henares y Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral, el P. Juan Antonio Martínez Camino, Secretario General de la CEE, Fernando Giménez Barriocanal, Vicesecretario para Asuntos Económicos de la CEE, José María Gil Tamayo, Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, e Isidro Catela Marcos, Director de la Oficina de Información de la CEE.

La empresa seleccionada, por concurso, para desarrollar el Plan de Comunicación ha sido Advise una consultora especializada en marketing, publicidad y comunicación, fundada en 2004. Su presidente y socio fundador, Guillermo Navarro Marqués, ha sido, entre otros cargos, Presidente de Ad Hoc Young & Rubicam, Supervisor de Cuentas de McCann Erickson y ha trabajado para empresas como la Asociación Española Contra el Cáncer, Antena 3 TV, Comunidad de Madrid, Repsol YPF, Telefónica Móviles, General Motors, etc.

En la creatividad y realización técnica de la campaña han trabajado conjuntamente, Stefano Palombi, creativo publicitario italiano de gran prestigio y experiencia en el sector, que ha trabajado en campañas similares para la Conferencia Episcopal Italiana, y el creativo español – ex director creativo ejecutivo de Young & Rubicam -, Arturo López.

La primera fase de la campaña, que se llevará a cabo durante un mes (del 6 de noviembre al 7 de diciembre) se desarrollará en televisión, prensa e internet. Por un lado, durante la primera semana (del 6 al 10 de noviembre) se pasarán por televisión infocomerciales de 60 segundos, elaborados en un tono documental e informativo, para explicar la novedad del acuerdo entre el Estado y la Santa Sede. Durante las semanas siguientes aparecerán inserciones publicitarias en suplementos de prensa e internet, así como spots en televisión, realizados en un

tono publicitario y basados en la fuerza del testimonio de casos reales (sacerdotes, religiosos, religiosas y seculares), que desarrollan la misión de la Iglesia en diferentes ámbitos de la sociedad.

La campaña muestra cómo la Iglesia Católica forma parte de la vida cotidiana de nuestro país: está presente en los acontecimientos más importantes de la vida de las personas; sus miembros son personas que entregan su vida a los demás: sacerdotes y agentes de pastoral, que están al servicio de la comunidad cristiana, desempeñando una labor discreta y muchas veces ignorada, pero que resulta decisiva para el bien común de la sociedad; y tiene repartidos por el mundo a miles de misioneros que predicán el Evangelio de Jesucristo y que, desde la experiencia del Amor de Dios, están al lado del prójimo, de manera particular de los más necesitados. Esta labor se desarrolla gracias al trabajo de obispos, religiosos, religiosas y seculares que a diario llevan a cabo su actividad, entre otros muchos lugares, en más de 23.000 parroquias; cerca de 850 monasterios de clausura; numerosas órdenes y congregaciones, más de 200 hospitales y ambulatorios; 300 guarderías, 900 orfanatos y más de 1600 centros de acogida y de reinserción familiar y social.

Santa Sede

Mensaje a los Obispos españoles

MENSAJE DEL CARDENAL SECRETARIO DE ESTADO A LOS OBISPOS ESPAÑOLES, CON MOTIVO DE LA BEATIFICACION DE 498 MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA.

Vaticano, 17 de noviembre de 2007

Señor Obispo:

Me complace dirigirme a Su Excelencia y, por su medio, a todos los miembros de esa Conferencia Episcopal, para transmitirles el gozo del Santo Padre Benedicto XVI por su numerosa participación, así como por la de tantos sacerdotes, religiosos, religiosas, seminaristas y fieles laicos, en la Beatificación de 498 mártires del siglo XX en España. Él ha apreciado mucho el esmero con el que se ha preparado este acontecimiento, tan significativo para toda la Iglesia, en las diócesis y comunidades religiosas de las que procedían los nuevos Beatos, y también el fervor manifestado en la solemne celebración que tuvo lugar en la Plaza de San Pedro el domingo 28 octubre pasado.

El Papa conoce bien y sigue con atención la situación de la Iglesia en ese País, de muy profundas raíces cristianas, la cual tanto ha aportado y está llamada a seguir aportando con su acción misionera para el crecimiento de la fe y su difusión en otras partes del mundo. Asimismo, los alienta encarecidamente a entregarse con espíritu de abnegación y generosidad al servicio de los fieles, así como a mantener y fortalecer la comunicación fraterna, testimonio y ejemplo de la comunión que ha de caracterizar a cada comunidad eclesial.

En esta circunstancia, Su Santidad pide al Señor que el sacrificio heroico de estos Mártires obtenga abundantes frutos para la Iglesia y la sociedad actual, y ruega además al Espíritu Santo, por intercesión de la Virgen María, que los sostenga e ilumine en su ministerio pastoral. Con esta firme esperanza, les imparte con gran afecto la Bendición Apostólica.

Aprovecho esta ocasión para renovarle, Señor Obispo, los sentimientos de mi consideración y sincera estima en Cristo.

Cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad

**CARTA ENCÍCLICA
SPE SALVI**

**DEL SUMO PONTÍFICE BENEDICTO XVI
A LOS OBISPOS, A LOS PRESBITEROS Y DIÁCONOS
A LAS PERSONAS CONSAGRADAS Y A TODOS LOS FIELES
LAICOS SOBRE LA ESPERANZA CRISTIANA**

Introducción

1. « *SPE SALVI facti sumus* » – en esperanza fuimos salvados, dice san Pablo a los Romanos y también a nosotros (*Rm 8,24*). Según la fe cristiana, la « redención », la salvación, no es simplemente un dato de hecho. Se nos ofrece la salvación en el sentido de que se nos ha dado la esperanza, una esperanza fiable, gracias a la cual podemos afrontar nuestro presente: el presente, aunque sea un presente fatigoso, se puede vivir y aceptar si lleva hacia una meta, si podemos estar seguros de esta meta y si esta meta es tan grande que justifique el esfuerzo del camino. Ahora bien, se nos plantea inmediatamente la siguiente pregunta: pero, ¿de qué género ha de ser esta esperanza para poder justificar la afirmación de que a partir de ella, y simplemente porque hay esperanza, somos redimidos por ella? Y, ¿de qué tipo de certeza se trata?

La fe es esperanza

2. Antes de ocuparnos de estas preguntas que nos hemos hecho, y que hoy son percibidas de un modo particularmente intenso, hemos de escuchar todavía con un poco más de atención el testimonio de la Biblia sobre la esperanza. En efecto, « esperanza » es una palabra central de la fe bíblica, hasta el punto de que en muchos pasajes las palabras « fe » y « esperanza » parecen intercambiables. Así, la *Carta a los Hebreos* une estrechamente la « plenitud de la fe » (10,22) con la « firme confesión de la esperanza » (10,23). También cuando la *Primera*

Carta de Pedro exhorta a los cristianos a estar siempre prontos para dar una respuesta sobre el *logos* –el sentido y la razón– de su esperanza (cf. 3,15), « esperanza » equivale a « fe ». El haber recibido como don una esperanza fiable fue determinante para la conciencia de los primeros cristianos, como se pone de manifiesto también cuando la existencia cristiana se compara con la vida anterior a la fe o con la situación de los seguidores de otras religiones. Pablo recuerda a los Efesios cómo antes de su encuentro con Cristo no tenían en el mundo « ni esperanza ni Dios » (*Ef* 2,12). Naturalmente, él sabía que habían tenido dioses, que habían tenido una religión, pero sus dioses se habían demostrado inciertos y de sus mitos contradictorios no surgía esperanza alguna. A pesar de los dioses, estaban « sin Dios » y, por consiguiente, se hallaban en un mundo oscuro, ante un futuro sombrío. « *In nihilo ab nihilo quam cito recidimus* » (en la nada, de la nada, qué pronto recaemos),¹ dice un epitafio de aquella época, palabras en las que aparece sin medias tintas lo mismo a lo que Pablo se refería. En el mismo sentido les dice a los Tesalonicenses: « No os aflijáis como los hombres sin esperanza » (*1 Ts* 4,13). En este caso aparece también como elemento distintivo de los cristianos el hecho de que ellos tienen un futuro: no es que conozcan los pormenores de lo que les espera, pero saben que su vida, en conjunto, no acaba en el vacío. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente. De este modo, podemos decir ahora: el cristianismo no era solamente una « buena noticia », una comunicación de contenidos desconocidos hasta aquel momento. En nuestro lenguaje se diría: el mensaje cristiano no era sólo « informativo », sino « performativo ». Eso significa que el Evangelio no es solamente una comunicación de cosas que se pueden saber, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida. La puerta oscura del tiempo, del futuro, ha sido abierta de par en par. Quien tiene esperanza vive de otra manera; se le ha dado una vida nueva.

3. Pero ahora se plantea la pregunta: ¿en qué consiste esta esperanza que, en cuanto esperanza, es « redención »? Pues bien, el núcleo de la respuesta se da en el pasaje antes citado de la *Carta a los Efesios*: antes del encuentro con Cristo, los Efesios estaban sin esperanza, porque estaban en el mundo « sin Dios ». Llegar a conocer a Dios, al Dios verdadero, eso es lo que significa recibir esperanza. Para nosotros, que vivimos desde siempre con el concepto cristiano de Dios

y nos hemos acostumbrado a él, el tener esperanza, que proviene del encuentro real con este Dios, resulta ya casi imperceptible. El ejemplo de una santa de nuestro tiempo puede en cierta medida ayudarnos a entender lo que significa encontrar por primera vez y realmente a este Dios. Me refiero a la africana Josefina Bakhita, canonizada por el Papa Juan Pablo II. Nació aproximadamente en 1869 –ni ella misma sabía la fecha exacta– en Darfur, Sudán. Cuando tenía nueve años fue secuestrada por traficantes de esclavos, golpeada y vendida cinco veces en los mercados de Sudán. Terminó como esclava al servicio de la madre y la mujer de un general, donde cada día era azotada hasta sangrar; como consecuencia de ello le quedaron 144 cicatrices para el resto de su vida. Por fin, en 1882 fue comprada por un mercader italiano para el cónsul italiano Callisto Legnani que, ante el avance de los mahdistas, volvió a Italia. Aquí, después de los terribles « dueños » de los que había sido propiedad hasta aquel momento, Bakhita llegó a conocer un « dueño » totalmente diferente –que llamó « paron » en el dialecto veneciano que ahora había aprendido–, al Dios vivo, el Dios de Jesucristo. Hasta aquel momento sólo había conocido dueños que la despreciaban y maltrataban o, en el mejor de los casos, la consideraban una esclava útil. Ahora, por el contrario, oía decir que había un « Paron » por encima de todos los dueños, el Señor de todos los señores, y que este Señor es bueno, la bondad en persona. Se enteró de que este Señor también la conocía, que la había creado también a ella; más aún, que la quería. También ella era amada, y precisamente por el « Paron » supremo, ante el cual todos los demás no son más que míseros siervos. Ella era conocida y amada, y era esperada. Incluso más: este Dueño había afrontado personalmente el destino de ser maltratado y ahora la esperaba « a la derecha de Dios Padre ». En este momento tuvo « esperanza »; no sólo la pequeña esperanza de encontrar dueños menos crueles, sino la gran esperanza: yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera. Por eso mi vida es hermosa. A través del conocimiento de esta esperanza ella fue « redimida », ya no se sentía esclava, sino hija libre de Dios. Entendió lo que Pablo quería decir cuando recordó a los Efesios que antes estaban en el mundo sin esperanza y sin Dios; sin esperanza porque estaban sin Dios. Así, cuando se quiso devolverla a Sudán, Bakhita se negó; no estaba dispuesta a que la separaran de nuevo de su « Paron ». El 9 de enero de 1890 recibió el Bautismo, la Confirmación y la primera Comunión de manos del Patriarca de Venecia. El 8 de diciembre de 1896 hizo los

votos en Verona, en la Congregación de las hermanas Canosianas, y desde entonces –junto con sus labores en la sacristía y en la portería del claustro– intentó sobre todo, en varios viajes por Italia, exhortar a la misión: sentía el deber de extender la liberación que había recibido mediante el encuentro con el Dios de Jesucristo; que la debían recibir otros, el mayor número posible de personas. La esperanza que en ella había nacido y la había « redimido » no podía guardársela para sí sola; esta esperanza debía llegar a muchos, llegar a todos.

*El concepto de esperanza basada en la fe
en el Nuevo Testamento y en la Iglesia primitiva*

4. Antes de abordar la cuestión sobre si el encuentro con el Dios que nos ha mostrado su rostro en Cristo, y que ha abierto su Corazón, es para nosotros no sólo « informativo », sino también « performativo », es decir, si puede transformar nuestra vida hasta hacernos sentir redimidos por la esperanza que dicho encuentro expresa, volvamos de nuevo a la Iglesia primitiva. Es fácil darse cuenta de que la experiencia de la pequeña esclava africana Bakhita fue también la experiencia de muchas personas maltratadas y condenadas a la esclavitud en la época del cristianismo naciente. El cristianismo no traía un mensaje socio-revolucionario como el de Espartaco que, con luchas cruentas, fracasó. Jesús no era Espartaco, no era un combatiente por una liberación política como Barrabás o Bar-Kokebá. Lo que Jesús había traído, habiendo muerto Él mismo en la cruz, era algo totalmente diverso: el encuentro con el Señor de todos los señores, el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transforma desde dentro la vida y el mundo. La novedad de lo ocurrido aparece con máxima claridad en la *Carta* de san Pablo a *Filemón*. Se trata de una carta muy personal, que Pablo escribe en la cárcel, enviándola con el esclavo fugitivo, Onésimo, precisamente a su dueño, Filemón. Sí, Pablo devuelve el esclavo a su dueño, del que había huido, y no lo hace mandando, sino suplicando: « Te recomiendo a Onésimo, mi hijo, a quien he engendrado en la prisión [...]. Te lo envío como algo de mis entrañas [...]. Quizás se apartó de ti para que le recobres ahora para siempre; y no como esclavo, sino mucho mejor: como hermano querido » (*Fim* 10-16). Los hombres que, según su estado civil se relacionan entre sí como dueños y esclavos, en cuanto miembros de la única Iglesia se han convertido en hermanos y

hermanas unos de otros: así se llamaban mutuamente los cristianos. Habían sido regenerados por el Bautismo, colmados del mismo Espíritu y recibían juntos, unos al lado de otros, el Cuerpo del Señor. Aunque las estructuras externas permanecieran igual, esto cambiaba la sociedad desde dentro. Cuando la *Carta a los Hebreos* dice que los cristianos son huéspedes y peregrinos en la tierra, añorando la patria futura (cf. *Hb* 11,13-16; *Flp* 3,20), no remite simplemente a una perspectiva futura, sino que se refiere a algo muy distinto: los cristianos reconocen que la sociedad actual no es su ideal; ellos pertenecen a una sociedad nueva, hacia la cual están en camino y que es anticipada en su peregrinación.

5. Hemos de añadir todavía otro punto de vista. La *Primera Carta a los Corintios* (1,18-31) nos muestra que una gran parte de los primeros cristianos pertenecía a las clases sociales bajas y, precisamente por eso, estaba preparada para la experiencia de la nueva esperanza, como hemos visto en el ejemplo de Bakhita. No obstante, hubo también desde el principio conversiones en las clases sociales aristocráticas y cultas. Precisamente porque éstas también vivían en el mundo « sin esperanza y sin Dios ». El mito había perdido su credibilidad; la religión de Estado romana se había esclerotizado convirtiéndose en simple ceremonial, que se cumplía escrupulosamente pero ya reducido sólo a una « religión política ». El racionalismo filosófico había relegado a los dioses al ámbito de lo irreal. Se veía lo divino de diversas formas en las fuerzas cósmicas, pero no existía un Dios al que se pudiera rezar. Pablo explica de manera absolutamente apropiada la problemática esencial de entonces sobre la religión cuando a la vida « según Cristo » contrapone una vida bajo el señorío de los « elementos del mundo » (cf. *Col* 2,8). En esta perspectiva, hay un texto de san Gregorio Nacianceno que puede ser muy iluminador. Dice que en el mismo momento en que los Magos, guiados por la estrella, adoraron al nuevo rey, Cristo, llegó el fin para la astrología, porque desde entonces las estrellas giran según la órbita establecida por Cristo.² En efecto, en esta escena se invierte la concepción del mundo de entonces que, de modo diverso, también hoy está nuevamente en auge. No son los elementos del cosmos, la leyes de la materia, lo que en definitiva gobierna el mundo y el hombre, sino que es un Dios personal quien gobierna las estrellas, es decir, el universo; la última instancia no son las leyes de la materia y de la evolución, sino la razón, la voluntad, el amor: una Persona. Y si conocemos a esta Persona, y ella a nosotros, entonces el inexorable

poder de los elementos materiales ya no es la última instancia; ya no somos esclavos del universo y de sus leyes, ahora somos libres. Esta toma de conciencia ha influenciado en la antigüedad a los espíritus genuinos que estaban en búsqueda. El cielo no está vacío. La vida no es el simple producto de las leyes y de la casualidad de la materia, sino que en todo, y al mismo tiempo por encima de todo, hay una voluntad personal, hay un Espíritu que en Jesús se ha revelado como Amor.³

6. Los sarcófagos de los primeros tiempos del cristianismo muestran visiblemente esta concepción, en presencia de la muerte, ante la cual es inevitable preguntarse por el sentido de la vida. En los antiguos sarcófagos se interpreta la figura de Cristo mediante dos imágenes: la del filósofo y la del pastor. En general, por filosofía no se entendía entonces una difícil disciplina académica, como ocurre hoy. El filósofo era más bien el que sabía enseñar el arte esencial: el arte de ser hombre de manera recta, el arte de vivir y morir. Ciertamente, ya desde hacía tiempo los hombres se habían percatado de que gran parte de los que se presentaban como filósofos, como maestros de vida, no eran más que charlatanes que con sus palabras querían ganar dinero, mientras que no tenían nada que decir sobre la verdadera vida. Esto hacía que se buscara con más ahínco aún al auténtico filósofo, que supiera indicar verdaderamente el camino de la vida. Hacia finales del siglo III encontramos por vez primera en Roma, en el sarcófago de un niño y en el contexto de la resurrección de Lázaro, la figura de Cristo como el verdadero filósofo, que tiene el Evangelio en una mano y en la otra el bastón de caminante propio del filósofo. Con este bastón Él vence a la muerte; el Evangelio lleva la verdad que los filósofos deambulantes habían buscado en vano. En esta imagen, que después perdurará en el arte de los sarcófagos durante mucho tiempo, se muestra claramente lo que tanto las personas cultas como las sencillas encontraban en Cristo: Él nos dice quién es en realidad el hombre y qué debe hacer para ser verdaderamente hombre. Él nos indica el camino y este camino es la verdad. Él mismo es ambas cosas, y por eso es también la vida que todos anhelamos. Él indica también el camino más allá de la muerte; sólo quien es capaz de hacer todo esto es un verdadero maestro de vida. Lo mismo puede verse en la imagen del pastor. Como ocurría para la representación del filósofo, también para la representación de la figura del pastor la Iglesia primitiva podía referirse a modelos ya existentes en el arte romano. En éste, el pastor expresaba generalmente el sueño de

una vida serena y sencilla, de la cual tenía nostalgia la gente inmersa en la confusión de la ciudad. Pero ahora la imagen era contemplada en un nuevo escenario que le daba un contenido más profundo: « El Señor es mi pastor, nada me falta... Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo... » (*Sal* 22,1-4). El verdadero pastor es Aquel que conoce también el camino que pasa por el valle de la muerte; Aquel que incluso por el camino de la última soledad, en el que nadie me puede acompañar, va conmigo guiándome para atravesarlo: Él mismo ha recorrido este camino, ha bajado al reino de la muerte, la ha vencido, y ha vuelto para acompañarnos ahora y darnos la certeza de que, con Él, se encuentra siempre un paso abierto. Saber que existe Aquel que me acompaña incluso en la muerte y que con su « vara y su cayado me sosiega », de modo que « nada temo » (cf. *Sal* 22,4), era la nueva « esperanza » que brotaba en la vida de los creyentes.

7. Debemos volver una vez más al Nuevo Testamento. En el capítulo undécimo de la *Carta a los Hebreos* (v. 1) se encuentra una especie de definición de la fe que une estrechamente esta virtud con la esperanza. Desde la Reforma, se ha entablado entre los exegetas una discusión sobre la palabra central de esta frase, y en la cual parece que hoy se abre un camino hacia una interpretación común. Dejo por el momento sin traducir esta palabra central. La frase dice así: « La fe es *hypostasis* de lo que se espera y prueba de lo que no se ve ». Para los Padres y para los teólogos de la Edad Media estaba claro que la palabra griega *hypostasis* se traducía al latín con el término *substantia*. Por tanto, la traducción latina del texto elaborada en la Iglesia antigua, dice así: « *Est autem fides sperandarum substantia rerum, argumentum non apparentium* », la fe es la « sustancia » de lo que se espera; prueba de lo que no se ve. Tomás de Aquino,⁴ usando la terminología de la tradición filosófica en la que se hallaba, explica esto de la siguiente manera: la fe es un *habitus*, es decir, una constante disposición del ánimo, gracias a la cual comienza en nosotros la vida eterna y la razón se siente inclinada a aceptar lo que ella misma no ve. Así pues, el concepto de « sustancia » queda modificado en el sentido de que por la fe, de manera incipiente, podríamos decir « en germen » –por tanto según la « sustancia »– ya están presentes en nosotros las realidades que se esperan: el todo, la vida verdadera. Y precisamente porque la realidad misma ya está presente, esta presencia de lo que vendrá genera también certeza: esta « realidad » que ha de venir no es

visible aún en el mundo externo (no « aparece »), pero debido a que, como realidad inicial y dinámica, la llevamos dentro de nosotros, nace ya ahora una cierta percepción de la misma. A Lutero, que no tenía mucha simpatía por la *Carta a los Hebreos* en sí misma, el concepto de « sustancia » no le decía nada en el contexto de su concepción de la fe. Por eso entendió el término *hipóstasis/sustancia* no en sentido objetivo (de realidad presente en nosotros), sino en el sentido subjetivo, como expresión de una actitud interior y, por consiguiente, tuvo que comprender naturalmente también el término *argumentum* como una disposición del sujeto. Esta interpretación se ha difundido también en la exégesis católica en el siglo XX –al menos en Alemania– de tal manera que la traducción ecuménica del Nuevo Testamento en alemán, aprobada por los Obispos, dice: « *Glaube aber ist: Feststehen in dem, was man erhofft, Überzeugtsein von dem, was man nicht sieht* » (fe es: estar firmes en lo que se espera, estar convencidos de lo que no se ve). En sí mismo, esto no es erróneo, pero no es el sentido del texto, porque el término griego usado (*elenchos*) no tiene el valor subjetivo de « convicción », sino el significado objetivo de « prueba ». Por eso, la exégesis protestante reciente ha llegado con razón a un convencimiento diferente: « Ahora ya no se puede poner en duda que esta interpretación protestante, que se ha hecho clásica, es insostenible ».⁵ La fe no es solamente un tender de la persona hacia lo que ha de venir, y que está todavía totalmente ausente; la fe nos da algo. Nos da ya ahora algo de la realidad esperada, y esta realidad presente constituye para nosotros una « prueba » de lo que aún no se ve. Ésta atrae al futuro dentro del presente, de modo que el futuro ya no es el puro « todavía-no ». El hecho de que este futuro exista cambia el presente; el presente está marcado por la realidad futura, y así las realidades futuras repercuten en las presentes y las presentes en las futuras.

8. Esta explicación cobra mayor fuerza aún, y se conecta con la vida concreta, si consideramos el versículo 34 del capítulo 10 de la *Carta a los Hebreos* que, desde el punto de vista lingüístico y de contenido, está relacionado con esta definición de una fe impregnada de esperanza y que al mismo tiempo la prepara. Aquí, el autor habla a los creyentes que han padecido la experiencia de la persecución y les dice: « Compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes (*hyparchonton* – Vg: *bonorum*), sabiendo que

teníais bienes mejores y permanentes (*hyparxin* – Vg: *substantiam*) ». *Hyparchonta* son las propiedades, lo que en la vida terrenal constituye el sustento, la base, la « sustancia » con la que se cuenta para la vida. Esta « sustancia », la seguridad normal para la vida, se la han quitado a los cristianos durante la persecución. Lo han soportado porque después de todo consideraban irrelevante esta sustancia material. Podían dejarla porque habían encontrado una « base » mejor para su existencia, una base que perdura y que nadie puede quitar. No se puede dejar de ver la relación que hay entre estas dos especies de « sustancia », entre sustento o base material y la afirmación de la fe como « base », como « sustancia » que perdura. La fe otorga a la vida una base nueva, un nuevo fundamento sobre el que el hombre puede apoyarse, de tal manera que precisamente el fundamento habitual, la confianza en la renta material, queda relativizado. Se crea una nueva libertad ante este fundamento de la vida que sólo aparentemente es capaz de sustentarla, aunque con ello no se niega ciertamente su sentido normal. Esta nueva libertad, la conciencia de la nueva « sustancia » que se nos ha dado, se ha puesto de manifiesto no sólo en el martirio, en el cual las personas se han opuesto a la prepotencia de la ideología y de sus órganos políticos, renovando el mundo con su muerte. También se ha manifestado sobre todo en las grandes renunciaciones, desde los monjes de la antigüedad hasta Francisco de Asís, y a las personas de nuestro tiempo que, en los Institutos y Movimientos religiosos modernos, han dejado todo por amor de Cristo para llevar a los hombres la fe y el amor de Cristo, para ayudar a las personas que sufren en el cuerpo y en el alma. En estos casos se ha comprobado que la nueva « sustancia » es realmente « sustancia »; de la esperanza de estas personas tocadas por Cristo ha brotado esperanza para otros que vivían en la oscuridad y sin esperanza. En ellos se ha demostrado que esta nueva vida posee realmente « sustancia » y es una « sustancia » que suscita vida para los demás. Para nosotros, que contemplamos estas figuras, su vida y su comportamiento son de hecho una « prueba » de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia: Él es realmente el « filósofo » y el « pastor » que nos indica qué es y dónde está la vida.

9. Para comprender más profundamente esta reflexión sobre las dos especies de sustancias *hypostasis* e *hyparchonta* y sobre los dos modos de vida expresados con ellas, tenemos todavía que reflexionar

brevemente sobre dos palabras relativas a este argumento, que se encuentran en el capítulo 10 de la *Carta a los Hebreos*. Se trata de las palabras *hypomone* (10,36) e *hypostole* (10,39). *Hypomone* se traduce normalmente por « paciencia », perseverancia, constancia. El creyente necesita saber esperar soportando pacientemente las pruebas para poder « alcanzar la promesa » (cf. 10,36). En la religiosidad del antiguo judaísmo, esta palabra se usó expresamente para designar la espera de Dios característica de Israel: su perseverar en la fidelidad a Dios basándose en la certeza de la Alianza, en medio de un mundo que contradice a Dios. Así, la palabra indica una esperanza vivida, una existencia basada en la certeza de la esperanza. En el Nuevo Testamento, esta espera de Dios, este estar de parte de Dios, asume un nuevo significado: Dios se ha manifestado en Cristo. Nos ha comunicado ya la « sustancia » de las realidades futuras y, de este modo, la espera de Dios adquiere una nueva certeza. Se esperan las realidades futuras a partir de un presente ya entregado. Es la espera, ante la presencia de Cristo, con Cristo presente, de que su Cuerpo se complete, con vistas a su llegada definitiva. En cambio, con *hypostole* se expresa el retraerse de quien no se arriesga a decir abiertamente y con franqueza la verdad quizás peligrosa. Este esconderse ante los hombres por espíritu de temor ante ellos lleva a la « perdición » (*Hb* 10,39). Por el contrario, la *Segunda Carta a Timoteo* caracteriza la actitud de fondo del cristiano con una bella expresión: « Dios no nos ha dado un espíritu cobarde, sino un espíritu de energía, amor y buen juicio » (1,7).

La vida eterna – ¿qué es?

10. Hasta ahora hemos hablado de la fe y de la esperanza en el Nuevo Testamento y en los comienzos del cristianismo; pero siempre se ha tenido también claro que no sólo hablamos del pasado; toda la reflexión concierne a la vida y a la muerte en general y, por tanto, también tiene que ver con nosotros aquí y ahora. No obstante, es el momento de preguntarnos ahora de manera explícita: la fe cristiana ¿es también para nosotros ahora una esperanza que transforma y sostiene nuestra vida? ¿Es para nosotros « performativa », un mensaje que plasma de modo nuevo la vida misma, o es ya sólo « información » que, mientras tanto, hemos dejado arrinconada y nos parece superada por informaciones más recientes? En la búsqueda de una respuesta quisiera partir de la forma clásica del diálogo con el cual el rito del

Bautismo expresaba la acogida del recién nacido en la comunidad de los creyentes y su renacimiento en Cristo. El sacerdote preguntaba ante todo a los padres qué nombre habían elegido para el niño, y continuaba después con la pregunta: « ¿Qué pedís a la Iglesia? ». Se respondía: « La fe ». Y « ¿Qué te da la fe? ». « La vida eterna ». Según este diálogo, los padres buscaban para el niño la entrada en la fe, la comunión con los creyentes, porque veían en la fe la llave para « la vida eterna ». En efecto, ayer como hoy, en el Bautismo, cuando uno se convierte en cristiano, se trata de esto: no es sólo un acto de socialización dentro de la comunidad ni solamente de acogida en la Iglesia. Los padres esperan algo más para el bautizando: esperan que la fe, de la cual forma parte el cuerpo de la Iglesia y sus sacramentos, le dé la vida, la vida eterna. La fe es la sustancia de la esperanza. Pero entonces surge la cuestión: ¿De verdad queremos esto: vivir eternamente? Tal vez muchas personas rechazan hoy la fe simplemente porque la vida eterna no les parece algo deseable. En modo alguno quieren la vida eterna, sino la presente y, para esto, la fe en la vida eterna les parece más bien un obstáculo. Seguir viviendo para siempre –sin fin– parece más una condena que un don. Ciertamente, se querría aplazar la muerte lo más posible. Pero vivir siempre, sin un término, sólo sería a fin de cuentas aburrido y al final insoportable. Esto es lo que dice precisamente, por ejemplo, el Padre de la Iglesia Ambrosio en el sermón fúnebre por su hermano difunto Sátiro: « Es verdad que la muerte no formaba parte de nuestra naturaleza, sino que se introdujo en ella; Dios no instituyó la muerte desde el principio, sino que nos la dio como un remedio [...]. En efecto, la vida del hombre, condenada por culpa del pecado a un duro trabajo y a un sufrimiento intolerable, comenzó a ser digna de lástima: era necesario dar un fin a estos males, de modo que la muerte restituyera lo que la vida había perdido. La inmortalidad, en efecto, es más una carga que un bien, si no entra en juego la gracia ».⁶ Y Ambrosio ya había dicho poco antes: « No debemos deplorar la muerte, ya que es causa de salvación ».⁷

11. Sea lo que fuere lo que san Ambrosio quiso decir exactamente con estas palabras, es cierto que la eliminación de la muerte, como también su aplazamiento casi ilimitado, pondría a la tierra y a la humanidad en una condición imposible y no comportaría beneficio alguno para el individuo mismo. Obviamente, hay una contradicción en nuestra actitud, que hace referencia a un contraste interior de nuestra propia existencia.

Por un lado, no queremos morir; los que nos aman, sobre todo, no quieren que muramos. Por otro lado, sin embargo, tampoco deseamos seguir existiendo ilimitadamente, y tampoco la tierra ha sido creada con esta perspectiva. Entonces, ¿qué es realmente lo que queremos? Esta paradoja de nuestra propia actitud suscita una pregunta más profunda: ¿qué es realmente la « vida »? Y ¿qué significa verdaderamente « eternidad »? Hay momentos en que de repente percibimos algo: sí, esto sería precisamente la verdadera « vida », así debería ser. En contraste con ello, lo que cotidianamente llamamos « vida », en verdad no lo es. Agustín, en su extensa carta sobre la oración dirigida a Proba, una viuda romana acomodada y madre de tres cónsules, escribió una vez: En el fondo queremos sólo una cosa, la « vida bienaventurada », la vida que simplemente es vida, simplemente « felicidad ». A fin de cuentas, en la oración no pedimos otra cosa. No nos encaminamos hacia nada más, se trata sólo de esto. Pero después Agustín dice también: pensándolo bien, no sabemos en absoluto lo que deseamos, lo que quisiéramos concretamente. Desconocemos del todo esta realidad; incluso en aquellos momentos en que nos parece tocarla con la mano no la alcanzamos realmente. « No sabemos pedir lo que nos conviene », reconoce con una expresión de san Pablo (*Rm 8,26*). Lo único que sabemos es que no es esto. Sin embargo, en este no-saber sabemos que esta realidad tiene que existir. « Así, pues, hay en nosotros, por decirlo de alguna manera, una sabia ignorancia (*docta ignorantia*) », escribe. No sabemos lo que queremos realmente; no conocemos esta « verdadera vida » y, sin embargo, sabemos que debe existir un algo que no conocemos y hacia el cual nos sentimos impulsados.⁸

12. Pienso que Agustín describe en este pasaje, de modo muy preciso y siempre válido, la situación esencial del hombre, la situación de la que provienen todas sus contradicciones y sus esperanzas. De algún modo deseamos la vida misma, la verdadera, la que no se vea afectada ni siquiera por la muerte; pero, al mismo tiempo, no conocemos eso hacia lo que nos sentimos impulsados. No podemos dejar de tender a ello y, sin embargo, sabemos que todo lo que podemos experimentar o realizar no es lo que deseamos. Esta « realidad » desconocida es la verdadera « esperanza » que nos empuja y, al mismo tiempo, su desconocimiento es la causa de todas las desesperaciones, así como también de todos los impulsos positivos o destructivos hacia el mundo auténtico y el auténtico hombre. La expresión « vida eterna » trata de

dar un nombre a esta desconocida realidad conocida. Es por necesidad una expresión insuficiente que crea confusión. En efecto, « eterno » suscita en nosotros la idea de lo interminable, y eso nos da miedo; « vida » nos hace pensar en la vida que conocemos, que amamos y que no queremos perder, pero que a la vez es con frecuencia más fatiga que satisfacción, de modo que, mientras por un lado la deseamos, por otro no la queremos. Podemos solamente tratar de salir con nuestro pensamiento de la temporalidad a la que estamos sujetos y augurar de algún modo que la eternidad no sea un continuo sucederse de días del calendario, sino como el momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad. Sería el momento del sumergirse en el océano del amor infinito, en el cual el tempo –el antes y el después– ya no existe. Podemos únicamente tratar de pensar que este momento es la vida en sentido pleno, sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría. En el Evangelio de Juan, Jesús lo expresa así: « Volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y nadie os quitará vuestra alegría » (16,22). Tenemos que pensar en esta línea si queremos entender el objetivo de la esperanza cristiana, qué es lo que esperamos de la fe, de nuestro ser con Cristo.⁹

¿Es individualista la esperanza cristiana?

13. A lo largo de su historia, los cristianos han tratado de traducir en figuras representables este saber que no sabe, recurriendo a imágenes del « cielo » que siempre resultan lejanas de lo que, precisamente por eso, sólo conocemos negativamente, a través de un no-conocimiento. En el curso de los siglos, todos estos intentos de representación de la esperanza han impulsado a muchos a vivir basándose en la fe y, como consecuencia, a abandonar sus « *hyparchonta* », las sustancias materiales para su existencia. El autor de la *Carta a los Hebreos*, en el capítulo 11, ha trazado una especie de historia de los que viven en la esperanza y de su estar de camino, una historia que desde Abel llega hasta la época del autor. En los tiempos modernos se ha desencadenado una crítica cada vez más dura contra este tipo de esperanza: consistiría en puro individualismo, que habría abandonado el mundo a su miseria y se habría amparado en una salvación eterna exclusivamente privada. Henri de Lubac, en la introducción a su obra fundamental *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, ha recogido algunos

testimonios característicos de esta clase, uno de los cuales es digno de mención: « ¿He encontrado la alegría? No... He encontrado mi alegría. Y esto es algo terriblemente diverso... La alegría de Jesús puede ser personal. Puede pertenecer a una sola persona, y ésta se salva. Está en paz..., ahora y por siempre, pero ella sola. Esta soledad de la alegría no la perturba. Al contrario: ¡Ella es precisamente la elegida! En su bienaventuranza atraviesa felizmente las batallas con una rosa en la mano ». ¹⁰

14. A este respecto, de Lubac ha podido demostrar, basándose en la teología de los Padres en toda su amplitud, que la salvación ha sido considerada siempre como una realidad comunitaria. La misma *Carta a los Hebreos* habla de una « ciudad » (cf. 11,10.16; 12,22; 13,14) y, por tanto, de una salvación comunitaria. Los Padres, coherentemente, entienden el pecado como la destrucción de la unidad del género humano, como ruptura y división. Babel, el lugar de la confusión de las lenguas y de la separación, se muestra como expresión de lo que es el pecado en su raíz. Por eso, la « redención » se presenta precisamente como el restablecimiento de la unidad en la que nos encontramos de nuevo juntos en una unión que se refleja en la comunidad mundial de los creyentes. No hace falta que nos ocupemos aquí de todos los textos en los que aparece el aspecto comunitario de la esperanza. Sigamos con la *Carta a Proba*, en la cual Agustín intenta explicar un poco esta desconocida realidad conocida que vamos buscando. El punto de partida es simplemente la expresión « vida bienaventurada [feliz] ». Después cita el Salmo 144 [143],15: « Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor ». Y continúa: « Para que podamos formar parte de este pueblo y llegar [...] a vivir con Dios eternamente, "el precepto tiene por objeto el amor, que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera" (1 Tm 1,5) ». ¹¹ Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un « pueblo » y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este « nosotros ». Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio « yo », porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios.

15. Esta concepción de la « vida bienaventurada » orientada hacia la comunidad se refiere a algo que está ciertamente más allá del mundo

presente, pero precisamente por eso tiene que ver también con la edificación del mundo, de maneras muy diferentes según el contexto histórico y las posibilidades que éste ofrece o excluye. En el tiempo de Agustín, cuando la irrupción de nuevos pueblos amenazaba la cohesión del mundo, en la cual había una cierta garantía de derecho y de vida en una comunidad jurídica, se trataba de fortalecer los fundamentos verdaderamente básicos de esta comunidad de vida y de paz para poder sobrevivir en aquel mundo cambiante. Pero intentemos fijarnos, por poner un caso, en un momento de la Edad Media, bajo ciertos aspectos emblemático. En la conciencia común, los monasterios aparecían como lugares para huir del mundo (« *contemptus mundi* ») y eludir así la responsabilidad con respecto al mundo buscando la salvación privada. Bernardo de Claraval, que con su Orden reformada llevó una multitud de jóvenes a los monasterios, tenía una visión muy diferente sobre esto. Para él, los monjes tienen una tarea con respecto a toda la Iglesia y, por consiguiente, también respecto al mundo. Y, con muchas imágenes, ilustra la responsabilidad de los monjes para con todo el organismo de la Iglesia, más aún, para con la humanidad; les aplica las palabras del Pseudo-Rufino: « El género humano subsiste gracias a unos pocos; si ellos desaparecieran, el mundo perecería ».¹² Los contemplativos –*contemplantes*– han de convertirse en *trabajadores agrícolas –laborantes–*, nos dice. La nobleza del trabajo, que el cristianismo ha heredado del judaísmo, había aparecido ya en las reglas monásticas de Agustín y Benito. Bernardo presenta de nuevo este concepto. Los jóvenes aristócratas que acudían a sus monasterios debían someterse al trabajo manual. A decir verdad, Bernardo dice explícitamente que tampoco el monasterio puede restablecer el Paraíso, pero sostiene que, como lugar de labranza práctica y espiritual, debe preparar el nuevo Paraíso. Una parcela de bosque silvestre se hace fértil precisamente cuando se talan los árboles de la soberbia, se extirpa lo que crece en el alma de modo silvestre y así se prepara el terreno en el que puede crecer pan para el cuerpo y para el alma.¹³ ¿Acaso no hemos tenido la oportunidad de comprobar de nuevo, precisamente en el momento de la historia actual, que allí donde las almas se hacen salvajes no se puede lograr ninguna estructuración positiva del mundo?

La transformación de la fe-esperanza cristiana en el tiempo moderno

16. ¿Cómo ha podido desarrollarse la idea de que el mensaje de Jesús es estrictamente individualista y dirigido sólo al individuo? ¿Cómo se ha llegado a interpretar la « salvación del alma » como huida de la responsabilidad respecto a las cosas en su conjunto y, por consiguiente, a considerar el programa del cristianismo como búsqueda egoísta de la salvación que se niega a servir a los demás? Para encontrar una respuesta a esta cuestión hemos de fijarnos en los elementos fundamentales de la época moderna. Estos se ven con particular claridad en Francis Bacon. Es indiscutible que –gracias al descubrimiento de América y a las nuevas conquistas de la técnica que han permitido este desarrollo– ha surgido una nueva época. Pero, ¿sobre qué se basa este cambio epocal? Se basa en la nueva correlación entre experimento y método, que hace al hombre capaz de lograr una interpretación de la naturaleza conforme a sus leyes y conseguir así, finalmente, « la victoria del arte sobre la naturaleza » (*victoria cursus artis super naturam*).¹⁴ La novedad – según la visión de Bacon– consiste en una nueva correlación entre ciencia y praxis. De esto se hace después una aplicación en clave teológica: esta nueva correlación entre ciencia y praxis significaría que se restablecería el dominio sobre la creación, que Dios había dado al hombre y que se perdió por el pecado original.¹⁵

17. Quien lee estas afirmaciones, y reflexiona con atención, reconoce en ellas un paso desconcertante: hasta aquel momento la recuperación de lo que el hombre había perdido al ser expulsado del paraíso terrenal se esperaba de la fe en Jesucristo, y en esto se veía la « redención ». Ahora, esta « redención », el restablecimiento del « paraíso » perdido, ya no se espera de la fe, sino de la correlación apenas descubierta entre ciencia y praxis. Con esto no es que se niegue la fe; pero queda desplazada a otro nivel –el de las realidades exclusivamente privadas y ultramundanas– al mismo tiempo que resulta en cierto modo irrelevante para el mundo. Esta visión programática ha determinado el proceso de los tiempos modernos e influye también en la crisis actual de la fe que, en sus aspectos concretos, es sobre todo una crisis de la esperanza cristiana. Por eso, en Bacon la esperanza recibe también una nueva forma. Ahora se llama: fe en el progreso. En efecto, para Bacon está claro que los descubrimientos y las invenciones apenas iniciadas son sólo un comienzo; que gracias a la sinergia entre ciencia y praxis se seguirán descubrimientos totalmente nuevos, surgirá un mundo totalmente nuevo, el reino del hombre.¹⁶ Según esto, él mismo trazó

un esbozo de las invenciones previsibles, incluyendo el aeroplano y el submarino. Durante el desarrollo ulterior de la ideología del progreso, la alegría por los visibles adelantos de las potencialidades humanas es una confirmación constante de la fe en el progreso como tal.

18. Al mismo tiempo, hay dos categorías que ocupan cada vez más el centro de la idea de progreso: razón y libertad. El progreso es sobre todo un progreso del dominio creciente de la razón, y esta razón es considerada obviamente un poder del bien y para el bien. El progreso es la superación de todas las dependencias, es progreso hacia la libertad perfecta. También la libertad es considerada sólo como promesa, en la cual el hombre llega a su plenitud. En ambos conceptos –libertad y razón– hay un aspecto político. En efecto, se espera el reino de la razón como la nueva condición de la humanidad que llega a ser totalmente libre. Sin embargo, las condiciones políticas de este reino de la razón y de la libertad, en un primer momento, aparecen poco definidas. La razón y la libertad parecen garantizar de por sí, en virtud de su bondad intrínseca, una nueva comunidad humana perfecta. Pero en ambos conceptos clave, « razón » y « libertad », el pensamiento está siempre, tácitamente, en contraste también con los vínculos de la fe y de la Iglesia, así como con los vínculos de los ordenamientos estatales de entonces. Ambos conceptos llevan en sí mismos, pues, un potencial revolucionario de enorme fuerza explosiva.

19. Hemos de fijarnos brevemente en las dos etapas esenciales de la concreción política de esta esperanza, porque son de gran importancia para el camino de la esperanza cristiana, para su comprensión y su persistencia. Está, en primer lugar, la Revolución francesa como el intento de instaurar el dominio de la razón y de la libertad, ahora también de manera políticamente real. La Europa de la Ilustración, en un primer momento, ha contemplado fascinada estos acontecimientos, pero ante su evolución ha tenido que reflexionar después de manera nueva sobre la razón y la libertad. Para las dos fases de la recepción de lo que ocurrió en Francia, son significativos dos escritos de Immanuel Kant, en los que reflexiona sobre estos acontecimientos. En 1792 escribe la obra: « *Der Sieg des guten Prinzips über das böse und die Gründung eines Reichs Gottes auf Erden* » (La victoria del principio bueno sobre el malo y la constitución de un reino de Dios sobre la tierra). En ella dice: « El paso gradual de la fe eclesiástica al

dominio exclusivo de la pura fe religiosa constituye el acercamiento del reino de Dios ». ¹⁷ Nos dice también que las revoluciones pueden acelerar los tiempos de este paso de la fe eclesiástica a la fe racional. El « reino de Dios », del que había hablado Jesús, recibe aquí una nueva definición y asume también una nueva presencia; existe, por así decirlo, una nueva « espera inmediata »: el « reino de Dios » llega allí donde la « fe eclesiástica » es superada y reemplazada por la « fe religiosa », es decir por la simple fe racional. En 1795, en su obra « *Das Ende aller Dinge* » (El final de todas las cosas), aparece una imagen diferente. Ahora Kant toma en consideración la posibilidad de que, junto al final natural de todas las cosas, se produzca también uno contrario a la naturaleza, perverso. A este respecto, escribe: « Si llegara un día en el que el cristianismo no fuera ya digno de amor, el pensamiento dominante de los hombres debería convertirse en el de un rechazo y una oposición contra él; y el anticristo [...] inauguraría su régimen, aunque breve (fundado presumiblemente en el miedo y el egoísmo). A continuación, no obstante, puesto que el cristianismo, aun habiendo sido destinado a ser la religión universal, no habría sido ayudado de hecho por el destino a serlo, podría ocurrir, bajo el aspecto moral, el final (perverso) de todas las cosas ». ¹⁸

20. En el s. XVIII no faltó la fe en el progreso como nueva forma de la esperanza humana y siguió considerando la razón y la libertad como la estrella-guía que se debía seguir en el camino de la esperanza. Sin embargo, el avance cada vez más rápido del desarrollo técnico y la industrialización que comportaba crearon muy pronto una situación social completamente nueva: se formó la clase de los trabajadores de la industria y el así llamado « proletariado industrial », cuyas terribles condiciones de vida ilustró de manera sobrecogedora Friedrich Engels en 1845. Para el lector debía estar claro: esto no puede continuar, es necesario un cambio. Pero el cambio supondría la convulsión y el abatimiento de toda la estructura de la sociedad burguesa. Después de la revolución burguesa de 1789 había llegado la hora de una nueva revolución, la proletaria: el progreso no podía avanzar simplemente de modo lineal a pequeños pasos. Hacía falta el salto revolucionario. Karl Marx recogió esta llamada del momento y, con vigor de lenguaje y pensamiento, trató de encauzar este nuevo y, como él pensaba, definitivo gran paso de la historia hacia la salvación, hacia lo que Kant había calificado como el « reino de Dios ». Al haber desaparecido la

verdad del más allá, se trataría ahora de establecer la verdad del más acá. La crítica del cielo se transforma en la crítica de la tierra, la crítica de la teología en la crítica de la política. El progreso hacia lo mejor, hacia el mundo definitivamente bueno, ya no viene simplemente de la ciencia, sino de la política; de una política pensada científicamente, que sabe reconocer la estructura de la historia y de la sociedad, y así indica el camino hacia la revolución, hacia el cambio de todas las cosas. Con precisión puntual, aunque de modo unilateral y parcial, Marx ha descrito la situación de su tiempo y ha ilustrado con gran capacidad analítica los caminos hacia la revolución, y no sólo teóricamente: con el partido comunista, nacido del manifiesto de 1848, dio inicio también concretamente a la revolución. Su promesa, gracias a la agudeza de sus análisis y a la clara indicación de los instrumentos para el cambio radical, fascinó y fascina todavía hoy de nuevo. Después, la revolución se implantó también, de manera más radical en Rusia.

21. Pero con su victoria se puso de manifiesto también el error fundamental de Marx. Él indicó con exactitud cómo lograr el cambio total de la situación. Pero no nos dijo cómo se debería proceder después. Suponía simplemente que, con la expropiación de la clase dominante, con la caída del poder político y con la socialización de los medios de producción, se establecería la Nueva Jerusalén. En efecto, entonces se anularían todas las contradicciones, por fin el hombre y el mundo habrían visto claramente en sí mismos. Entonces todo podría proceder por sí mismo por el recto camino, porque todo pertenecería a todos y todos querrían lo mejor unos para otros. Así, tras el éxito de la revolución, Lenin pudo percatarse de que en los escritos del maestro no había ninguna indicación sobre cómo proceder. Había hablado ciertamente de la fase intermedia de la dictadura del proletariado como de una necesidad que, sin embargo, en un segundo momento se habría demostrado caduca por sí misma. Esta « fase intermedia » la conocemos muy bien y también sabemos cuál ha sido su desarrollo posterior: en lugar de alumbrar un mundo sano, ha dejado tras de sí una destrucción desoladora. El error de Marx no consiste sólo en no haber ideado los ordenamientos necesarios para el nuevo mundo; en éste, en efecto, ya no habría necesidad de ellos. Que no diga nada de eso es una consecuencia lógica de su planteamiento. Su error está más al fondo. Ha olvidado que el hombre es siempre hombre. Ha olvidado al hombre y ha olvidado su libertad. Ha olvidado que la libertad es siempre libertad,

incluso para el mal. Creyó que, una vez solucionada la economía, todo quedaría solucionado. Su verdadero error es el materialismo: en efecto, el hombre no es sólo el producto de condiciones económicas y no es posible curarlo sólo desde fuera, creando condiciones económicas favorables.

22. Así, pues, nos encontramos de nuevo ante la pregunta: ¿Qué podemos esperar? Es necesaria una autocrítica de la edad moderna en diálogo con el cristianismo y con su concepción de la esperanza. En este diálogo, los cristianos, en el contexto de sus conocimientos y experiencias, tienen también que aprender de nuevo en qué consiste realmente su esperanza, qué tienen que ofrecer al mundo y qué es, por el contrario, lo que no pueden ofrecerle. Es necesario que en la autocrítica de la edad moderna confluya también una autocrítica del cristianismo moderno, que debe aprender siempre a comprenderse a sí mismo a partir de sus propias raíces. Sobre esto sólo se puede intentar hacer aquí alguna observación. Ante todo hay que preguntarse: ¿Qué significa realmente « progreso »; qué es lo que promete y qué es lo que no promete? Ya en el siglo XIX había una crítica a la fe en el progreso. En el siglo XX, Theodor W. Adorno expresó de manera drástica la incertidumbre de la fe en el progreso: el progreso, visto de cerca, sería el progreso que va de la honda a la superbomba. Ahora bien, éste es de hecho un aspecto del progreso que no se debe disimular. Dicho de otro modo: la ambigüedad del progreso resulta evidente. Indudablemente, ofrece nuevas posibilidades para el bien, pero también abre posibilidades abismales para el mal, posibilidades que antes no existían. Todos nosotros hemos sido testigos de cómo el progreso, en manos equivocadas, puede convertirse, y se ha convertido de hecho, en un progreso terrible en el mal. Si el progreso técnico no se corresponde con un progreso en la formación ética del hombre, con el crecimiento del hombre interior (cf. *Ef* 3,16; *2 Co* 4,16), no es un progreso sino una amenaza para el hombre y para el mundo.

23. Por lo que se refiere a los dos grandes temas « razón » y « libertad », aquí sólo se pueden señalar las cuestiones relacionadas con ellos. Ciertamente, la razón es el gran don de Dios al hombre, y la victoria de la razón sobre la irracionalidad es también un objetivo de la fe cristiana. Pero ¿cuándo domina realmente la razón? ¿Acaso cuando se ha apartado de Dios? ¿Cuando se ha hecho ciega para Dios? La razón

del poder y del hacer ¿es ya toda la razón? Si el progreso, para ser progreso, necesita el crecimiento moral de la humanidad, entonces la razón del poder y del hacer debe ser integrada con la misma urgencia mediante la apertura de la razón a las fuerzas salvadoras de la fe, al discernimiento entre el bien y el mal. Sólo de este modo se convierte en una razón realmente humana. Sólo se vuelve humana si es capaz de indicar el camino a la voluntad, y esto sólo lo puede hacer si mira más allá de sí misma. En caso contrario, la situación del hombre, en el desequilibrio entre la capacidad material, por un lado, y la falta de juicio del corazón, por otro, se convierte en una amenaza para sí mismo y para la creación. Por eso, hablando de libertad, se ha de recordar que la libertad humana requiere que concurren varias libertades. Sin embargo, esto no se puede lograr si no está determinado por un común e intrínseco criterio de medida, que es fundamento y meta de nuestra libertad. Digámoslo ahora de manera muy sencilla: el hombre necesita a Dios, de lo contrario queda sin esperanza. Visto el desarrollo de la edad moderna, la afirmación de san Pablo citada al principio (*Ef 2,12*) se demuestra muy realista y simplemente verdadera. Por tanto, no cabe duda de que un « reino de Dios » instaurado sin Dios –un reino, pues, sólo del hombre– desemboca inevitablemente en « el final perverso » de todas las cosas descrito por Kant: lo hemos visto y lo seguimos viendo siempre una y otra vez. Pero tampoco cabe duda de que Dios entra realmente en las cosas humanas a condición de que no sólo lo pensemos nosotros, sino que Él mismo salga a nuestro encuentro y nos hable. Por eso la razón necesita de la fe para llegar a ser totalmente ella misma: razón y fe se necesitan mutuamente para realizar su verdadera naturaleza y su misión.

La verdadera fisonomía de la esperanza cristiana

24. Preguntémonos ahora de nuevo: ¿qué podemos esperar? Y ¿qué es lo que no podemos esperar? Ante todo hemos de constatar que un progreso acumulativo sólo es posible en lo material. Aquí, en el conocimiento progresivo de las estructuras de la materia, y en relación con los inventos cada día más avanzados, hay claramente una continuidad del progreso hacia un dominio cada vez mayor de la naturaleza. En cambio, en el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y

tiene que tomar siempre de nuevo sus decisiones. No están nunca ya tomadas para nosotros por otros; en este caso, en efecto, ya no seríamos libres. La libertad presupone que en las decisiones fundamentales cada hombre, cada generación, tenga un nuevo inicio. Es verdad que las nuevas generaciones pueden construir a partir de los conocimientos y experiencias de quienes les han precedido, así como aprovecharse del tesoro moral de toda la humanidad. Pero también pueden rechazarlo, ya que éste no puede tener la misma evidencia que los inventos materiales. El tesoro moral de la humanidad no está disponible como lo están en cambio los instrumentos que se usan; existe como invitación a la libertad y como posibilidad para ella. Pero esto significa que:

a) El recto estado de las cosas humanas, el bienestar moral del mundo, nunca puede garantizarse solamente a través de estructuras, por muy válidas que éstas sean. Dichas estructuras no sólo son importantes, sino necesarias; sin embargo, no pueden ni deben dejar al margen la libertad del hombre. Incluso las mejores estructuras funcionan únicamente cuando en una comunidad existen unas convicciones vivas capaces de motivar a los hombres para una adhesión libre al ordenamiento comunitario. La libertad necesita una convicción; una convicción no existe por sí misma, sino que ha de ser conquistada comunitariamente siempre de nuevo.

b) Puesto que el hombre sigue siendo siempre libre y su libertad es también siempre frágil, nunca existirá en este mundo el reino del bien definitivamente consolidado. Quien promete el mundo mejor que duraría irrevocablemente para siempre, hace una falsa promesa, pues ignora la libertad humana. La libertad debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma. Si hubiera estructuras que establecieran de manera definitiva una determinada –buena– condición del mundo, se negaría la libertad del hombre, y por eso, a fin de cuentas, en modo alguno serían estructuras buenas.

25. Una consecuencia de lo dicho es que la búsqueda, siempre nueva y fatigosa, de rectos ordenamientos para las realidades humanas es una tarea de cada generación; nunca es una tarea que se pueda dar simplemente por concluida. No obstante, cada generación tiene que ofrecer también su propia aportación para establecer ordenamientos

convincientes de libertad y de bien, que ayuden a la generación sucesiva, como orientación al recto uso de la libertad humana y den también así, siempre dentro de los límites humanos, una cierta garantía también para el futuro. Con otras palabras: las buenas estructuras ayudan, pero por sí solas no bastan. El hombre nunca puede ser redimido solamente desde el exterior. Francis Bacon y los seguidores de la corriente de pensamiento de la edad moderna inspirada en él, se equivocaban al considerar que el hombre sería redimido por medio de la ciencia. Con semejante expectativa se pide demasiado a la ciencia; esta especie de esperanza es falaz. La ciencia puede contribuir mucho a la humanización del mundo y de la humanidad. Pero también puede destruir al hombre y al mundo si no está orientada por fuerzas externas a ella misma. Por otra parte, debemos constatar también que el cristianismo moderno, ante los éxitos de la ciencia en la progresiva estructuración del mundo, se ha concentrado en gran parte sólo sobre el individuo y su salvación. Con esto ha reducido el horizonte de su esperanza y no ha reconocido tampoco suficientemente la grandeza de su cometido, si bien es importante lo que ha seguido haciendo para la formación del hombre y la atención de los débiles y de los que sufren.

26. No es la ciencia la que redime al hombre. El hombre es redimido por el amor. Eso es válido incluso en el ámbito puramente intramundano. Cuando uno experimenta un gran amor en su vida, se trata de un momento de « redención » que da un nuevo sentido a su existencia. Pero muy pronto se da cuenta también de que el amor que se le ha dado, por sí solo, no soluciona el problema de su vida. Es un amor frágil. Puede ser destruido por la muerte. El ser humano necesita un amor incondicionado. Necesita esa certeza que le hace decir: « Ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni principados, ni presente, ni futuro, ni potencias, ni altura, ni profundidad, ni criatura alguna podrá apartarnos del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro » (*Rm 8,38-39*). Si existe este amor absoluto con su certeza absoluta, entonces –sólo entonces– el hombre es « redimido », suceda lo que suceda en su caso particular. Esto es lo que se ha de entender cuando decimos que Jesucristo nos ha « redimido ». Por medio de Él estamos seguros de Dios, de un Dios que no es una lejana « causa primera » del mundo, porque su Hijo unigénito se ha hecho hombre y cada uno puede decir de Él: « Vivo de la fe en el Hijo de Dios, que me amó hasta entregarse por mí » (*Ga 2,20*).

27. En este sentido, es verdad que quien no conoce a Dios, aunque tenga múltiples esperanzas, en el fondo está sin esperanza, sin la gran esperanza que sostiene toda la vida (cf. *Ef 2,12*). La verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando « hasta el extremo », « hasta el total cumplimiento » (cf. *Jn 13,1; 19,30*). Quien ha sido tocado por el amor empieza a intuir lo que sería propiamente « vida ». Empieza a intuir qué quiere decir la palabra esperanza que hemos encontrado en el rito del Bautismo: de la fe se espera la « vida eterna », la vida verdadera que, totalmente y sin amenazas, es sencillamente vida en toda su plenitud. Jesús que dijo de sí mismo que había venido para que nosotros tengamos la vida y la tengamos en plenitud, en abundancia (cf. *Jn 10,10*), nos explicó también qué significa « vida »: « Ésta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo » (*Jn 17,3*). La vida en su verdadero sentido no la tiene uno solamente para sí, ni tampoco sólo por sí mismo: es una relación. Y la vida entera es relación con quien es la fuente de la vida. Si estamos en relación con Aquel que no muere, que es la Vida misma y el Amor mismo, entonces estamos en la vida. Entonces « vivimos ».

28. Pero ahora surge la pregunta: de este modo, ¿no hemos recaído quizás en el individualismo de la salvación? ¿En la esperanza sólo para mí que además, precisamente por eso, no es una esperanza verdadera porque olvida y descuida a los demás? No. La relación con Dios se establece a través de la comunión con Jesús, pues solos y únicamente con nuestras fuerzas no la podemos alcanzar. En cambio, la relación con Jesús es una relación con Aquel que se entregó a sí mismo en rescate por todos nosotros (cf. *1 Tm 2,6*). Estar en comunión con Jesucristo nos hace participar en su ser « para todos », hace que éste sea nuestro modo de ser. Nos compromete en favor de los demás, pero sólo estando en comunión con Él podemos realmente llegar a ser para los demás, para todos. Quisiera citar en este contexto al gran doctor griego de la Iglesia, san Máximo el Confesor († 662), el cual exhorta primero a no anteponer nada al conocimiento y al amor de Dios, pero pasa enseguida a aplicaciones muy prácticas: « Quien ama a Dios no puede guardar para sí el dinero, sino que lo reparte "según Dios" [...], a imitación de Dios, sin discriminación alguna ».¹⁹ Del amor a Dios se deriva la participación en la justicia y en la bondad de Dios

hacia los otros; amar a Dios requiere la libertad interior respecto a todo lo que se posee y todas las cosas materiales: el amor de Dios se manifiesta en la responsabilidad por el otro.²⁰ En la vida de san Agustín podemos observar de modo conmovedor la misma relación entre amor de Dios y responsabilidad para con los hombres. Tras su conversión a la fe cristiana quiso, junto con algunos amigos de ideas afines, llevar una vida que estuviera dedicada totalmente a la palabra de Dios y a las cosas eternas. Quiso realizar con valores cristianos el ideal de la vida contemplativa descrito en la gran filosofía griega, eligiendo de este modo « la mejor parte » (Lc 10,42). Pero las cosas fueron de otra manera. Mientras participaba en la Misa dominical, en la ciudad portuaria de Hipona, fue llamado aparte por el Obispo, fuera de la muchedumbre, y obligado a dejarse ordenar para ejercer el ministerio sacerdotal en aquella ciudad. Fijándose retrospectivamente en aquel momento, escribe en sus *Confesiones*: « Aterrado por mis pecados y por el peso enorme de mis miserias, había meditado en mi corazón y decidido huir a la soledad. Mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste, diciendo: "Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para él que murió por ellos" (cf. 2 Co 5,15) ». ²¹ Cristo murió por todos. Vivir para Él significa dejarse moldear en su « ser-para ».

29. Esto supuso para Agustín una vida totalmente nueva. Así describió una vez su vida cotidiana: « Corregir a los indisciplinados, confortar a los pusilánimes, sostener a los débiles, refutar a los adversarios, guardarse de los insidiosos, instruir a los ignorantes, estimular a los indolentes, aplacar a los pendencieros, moderar a los ambiciosos, animar a los desalentados, apaciguar a los contendientes, ayudar a los pobres, liberar a los oprimidos, mostrar aprobación a los buenos, tolerar a los malos y [ipobre de mí!] amar a todos ». ²² « Es el Evangelio lo que me asusta », ²³ ese temor saludable que nos impide vivir para nosotros mismos y que nos impulsa a transmitir nuestra común esperanza. De hecho, ésta era precisamente la intención de Agustín: en la difícil situación del imperio romano, que amenazaba también al África romana y que, al final de la vida de Agustín, llegó a destruirla, quiso transmitir esperanza, la esperanza que le venía de la fe y que, en total contraste con su carácter introvertido, le hizo capaz de participar decididamente y con todas sus fuerzas en la edificación de la ciudad. En el mismo capítulo de las *Confesiones*, en el cual acabamos de ver el

motivo decisivo de su compromiso « para todos », dice también: Cristo « intercede por nosotros; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son mis dolencias; sí, son muchas y grandes, aunque más grande es tu medicina. De no haberse tu Verbo hecho carne y habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgarlo apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros ». ²⁴ Gracias a su esperanza, Agustín se dedicó a la gente sencilla y a su ciudad; renunció a su nobleza espiritual y predicó y actuó de manera sencilla para la gente sencilla.

30. Resumamos lo que hasta ahora ha aflorado en el desarrollo de nuestras reflexiones. A lo largo de su existencia, el hombre tiene muchas esperanzas, más grandes o más pequeñas, diferentes según los períodos de su vida. A veces puede parecer que una de estas esperanzas lo llena totalmente y que no necesita de ninguna otra. En la juventud puede ser la esperanza del amor grande y satisfactorio; la esperanza de cierta posición en la profesión, de uno u otro éxito determinante para el resto de su vida. Sin embargo, cuando estas esperanzas se cumplen, se ve claramente que esto, en realidad, no lo era todo. Está claro que el hombre necesita una esperanza que vaya más allá. Es evidente que sólo puede contentarse con algo infinito, algo que será siempre más de lo que nunca podrá alcanzar. En este sentido, la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero « reino de Dios ». Esta esperanza parecía ser finalmente la esperanza grande y realista, la que el hombre necesita. Ésta sería capaz de movilizar –por algún tiempo– todas las energías del hombre; este gran objetivo parecía merecer todo tipo de esfuerzos. Pero a lo largo del tiempo se vio claramente que esta esperanza se va alejando cada vez más. Ante todo se tomó conciencia de que ésta era quizás una esperanza para los hombres del mañana, pero no una esperanza para mí. Y aunque el « para todos » forme parte de la gran esperanza –no puedo ciertamente llegar a ser feliz contra o sin los otros–, es verdad que una esperanza que no se refiera a mí personalmente, ni siquiera es una verdadera esperanza. También resultó evidente que ésta era una esperanza contra la libertad, porque la situación de las realidades humanas depende en cada generación de la libre decisión de los hombres que pertenecen a

ella. Si, debido a las condiciones y a las estructuras, se les privara de esta libertad, el mundo, a fin de cuentas, no sería bueno, porque un mundo sin libertad no sería en absoluto un mundo bueno. Así, aunque sea necesario un empeño constante para mejorar el mundo, el mundo mejor del mañana no puede ser el contenido propio y suficiente de nuestra esperanza. A este propósito se plantea siempre la pregunta: ¿Cuándo es « mejor » el mundo? ¿Qué es lo que lo hace bueno? ¿Según qué criterio se puede valorar si es bueno? ¿Y por qué vías se puede alcanzar esta « bondad »?

31. Más aún: nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. De hecho, el ser agraciado por un don forma parte de la esperanza. Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza. Sólo su amor nos da la posibilidad de perseverar día a día con toda sobriedad, sin perder el impulso de la esperanza, en un mundo que por su naturaleza es imperfecto. Y, al mismo tiempo, su amor es para nosotros la garantía de que existe aquello que sólo llegamos a intuir vagamente y que, sin embargo, esperamos en lo más íntimo de nuestro ser: la vida que es « realmente » vida. Trataremos de concretar más esta idea en la última parte, fijando nuestra atención en algunos « lugares » de aprendizaje y ejercicio práctico de la esperanza.

« Lugares » de aprendizaje y del ejercicio de la esperanza

I. La oración como escuela de la esperanza

32. Un lugar primero y esencial de aprendizaje de la esperanza es la oración. Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme – cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme.²⁵ Si me veo

relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo. De sus trece años de prisión, nueve de los cuales en aislamiento, el inolvidable Cardenal Nguyen Van Thuan nos ha dejado un precioso opúsculo: *Oraciones de esperanza*. Durante trece años en la cárcel, en una situación de desesperación aparentemente total, la escucha de Dios, el poder hablarle, fue para él una fuerza creciente de esperanza, que después de su liberación le permitió ser para los hombres de todo el mundo un testigo de la esperanza, esa gran esperanza que no se apaga ni siquiera en las noches de la soledad.

33. Agustín ilustró de forma muy bella la relación íntima entre oración y esperanza en una homilía sobre la *Primera Carta de San Juan*. Él define la oración como un ejercicio del deseo. El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado. « Dios, retardando [su don], ensancha el deseo; con el deseo, ensancha el alma y, ensanchándola, la hace capaz [de su don] ». Agustín se refiere a san Pablo, el cual dice de sí mismo que vive lanzado hacia lo que está por delante (cf. *Flp* 3,13). Después usa una imagen muy bella para describir este proceso de ensanchamiento y preparación del corazón humano. « Imagínate que Dios quiere llenarte de miel [símbolo de la ternura y la bondad de Dios]; si estás lleno de vinagre, ¿dónde pondrás la miel? » El vaso, es decir el corazón, tiene que ser antes ensanchado y luego purificado: liberado del vinagre y de su sabor. Eso requiere esfuerzo, es doloroso, pero sólo así se logra la capacitación para lo que estamos destinados.²⁶ Aunque Agustín habla directamente sólo de la receptividad para con Dios, se ve claramente que con este esfuerzo por liberarse del vinagre y de su sabor, el hombre no sólo se hace libre para Dios, sino que se abre también a los demás. En efecto, sólo convirtiéndonos en hijos de Dios podemos estar con nuestro Padre común. Rezar no significa salir de la historia y retirarse en el rincón privado de la propia felicidad. El modo apropiado de orar es un proceso de purificación interior que nos hace capaces para Dios y, precisamente por eso, capaces también para los demás. En la oración, el hombre ha de aprender qué es lo que verdaderamente puede pedirle a Dios, lo que es digno de Dios. Ha de aprender que no puede rezar contra el otro. Ha de aprender que no puede pedir cosas superficiales y banales que desea en ese momento, la pequeña esperanza equivocada que lo aleja de Dios. Ha de purificar

sus deseos y sus esperanzas. Debe liberarse de las mentiras ocultas con que se engaña a sí mismo: Dios las escruta, y la confrontación con Dios obliga al hombre a reconocerlas también. « ¿Quién conoce sus faltas? Absuélveme de lo que se me oculta », ruega el salmista (19[18],13). No reconocer la culpa, la ilusión de inocencia, no me justifica ni me salva, porque la ofuscación de la conciencia, la incapacidad de reconocer en mí el mal en cuanto tal, es culpa mía. Si Dios no existe, entonces quizás tengo que refugiarme en estas mentiras, porque no hay nadie que pueda perdonarme, nadie que sea el verdadero criterio. En cambio, el encuentro con Dios despierta mi conciencia para que ésta ya no me ofrezca más una autojustificación ni sea un simple reflejo de mí mismo y de los contemporáneos que me condicionan, sino que se transforme en capacidad para escuchar el Bien mismo.

34. Para que la oración produzca esta fuerza purificadora debe ser, por una parte, muy personal, una confrontación de mi yo con Dios, con el Dios vivo. Pero, por otra, ha de estar guiada e iluminada una y otra vez por las grandes oraciones de la Iglesia y de los santos, por la oración litúrgica, en la cual el Señor nos enseña constantemente a rezar correctamente. El Cardenal Nguyen Van Thuan cuenta en su libro de Ejercicios espirituales cómo en su vida hubo largos períodos de incapacidad de rezar y cómo él se aferró a las palabras de la oración de la Iglesia: el Padrenuestro, el Ave María y las oraciones de la Liturgia.²⁷ En la oración tiene que haber siempre esta interrelación entre oración pública y oración personal. Así podemos hablar a Dios, y así Dios nos habla a nosotros. De este modo se realizan en nosotros las purificaciones, a través de las cuales llegamos a ser capaces de Dios e idóneos para servir a los hombres. Así nos hacemos capaces de la gran esperanza y nos convertimos en ministros de la esperanza para los demás: la esperanza en sentido cristiano es siempre esperanza para los demás. Y es esperanza activa, con la cual luchamos para que las cosas no acaben en un « final perverso ». Es también esperanza activa en el sentido de que mantenemos el mundo abierto a Dios. Sólo así permanece también como esperanza verdaderamente humana.

II. El actuar y el sufrir como lugares de aprendizaje de la esperanza

35. Toda actuación seria y recta del hombre es esperanza en acto. Lo es ante todo en el sentido de que así tratamos de llevar adelante nuestras

esperanzas, más grandes o más pequeñas; solucionar éste o aquel otro cometido importante para el porvenir de nuestra vida: colaborar con nuestro esfuerzo para que el mundo llegue a ser un poco más luminoso y humano, y se abran así también las puertas hacia el futuro. Pero el esfuerzo cotidiano por continuar nuestra vida y por el futuro de todos nos cansa o se convierte en fanatismo, si no está iluminado por la luz de aquella esperanza más grande que no puede ser destruida ni siquiera por frustraciones en lo pequeño ni por el fracaso en los acontecimientos de importancia histórica. Si no podemos esperar más de lo que es efectivamente posible en cada momento y de lo que podemos esperar que las autoridades políticas y económicas nos ofrezcan, nuestra vida se ve abocada muy pronto a quedar sin esperanza. Es importante sin embargo saber que yo todavía puedo esperar, aunque aparentemente ya no tenga nada más que esperar para mi vida o para el momento histórico que estoy viviendo. Sólo la gran esperanza-certeza de que, a pesar de todas las frustraciones, mi vida personal y la historia en su conjunto están custodiadas por el poder indestructible del Amor y que, gracias al cual, tienen para él sentido e importancia, sólo una esperanza así puede en ese caso dar todavía ánimo para actuar y continuar. Ciertamente, no « podemos construir » el reino de Dios con nuestras fuerzas, lo que construimos es siempre reino del hombre con todos los límites propios de la naturaleza humana. El reino de Dios es un don, y precisamente por eso es grande y hermoso, y constituye la respuesta a la esperanza. Y no podemos –por usar la terminología clásica– « merecer » el cielo con nuestras obras. Éste es siempre más de lo que merecemos, del mismo modo que ser amados nunca es algo « merecido », sino siempre un don. No obstante, aun siendo plenamente conscientes de la « plusvalía » del cielo, sigue siendo siempre verdad que nuestro obrar no es indiferente ante Dios y, por tanto, tampoco es indiferente para el desarrollo de la historia. Podemos abrirnos nosotros mismos y abrir el mundo para que entre Dios: la verdad, el amor y el bien. Es lo que han hecho los santos que, como « colaboradores de Dios », han contribuido a la salvación del mundo (cf. *1 Co* 3,9; *1 Ts* 3,2). Podemos liberar nuestra vida y el mundo de las intoxicaciones y contaminaciones que podrían destruir el presente y el futuro. Podemos descubrir y tener limpias las fuentes de la creación y así, junto con la creación que nos precede como don, hacer lo que es justo, teniendo en cuenta sus propias exigencias y su finalidad. Eso sigue teniendo sentido aunque en apariencia no tengamos éxito o nos veamos impotentes

ante la superioridad de fuerzas hostiles. Así, por un lado, de nuestro obrar brota esperanza para nosotros y para los demás; pero al mismo tiempo, lo que nos da ánimos y orienta nuestra actividad, tanto en los momentos buenos como en los malos, es la gran esperanza fundada en las promesas de Dios.

36. Al igual que el obrar, también el sufrimiento forma parte de la existencia humana. Éste se deriva, por una parte, de nuestra finitud y, por otra, de la gran cantidad de culpas acumuladas a lo largo de la historia, y que crece de modo incesante también en el presente. Conviene ciertamente hacer todo lo posible para disminuir el sufrimiento; impedir cuanto se pueda el sufrimiento de los inocentes; aliviar los dolores y ayudar a superar las dolencias psíquicas. Todos estos son deberes tanto de la justicia como del amor y forman parte de las exigencias fundamentales de la existencia cristiana y de toda vida realmente humana. En la lucha contra el dolor físico se han hecho grandes progresos, aunque en las últimas décadas ha aumentado el sufrimiento de los inocentes y también las dolencias psíquicas. Es cierto que debemos hacer todo lo posible para superar el sufrimiento, pero extirparlo del mundo por completo no está en nuestras manos, simplemente porque no podemos desprendernos de nuestra limitación, y porque ninguno de nosotros es capaz de eliminar el poder del mal, de la culpa, que –lo vemos– es una fuente continua de sufrimiento. Esto sólo podría hacerlo Dios: y sólo un Dios que, haciéndose hombre, entrase personalmente en la historia y sufriese en ella. Nosotros sabemos que este Dios existe y que, por tanto, este poder que « quita el pecado del mundo » (*Jn 1,29*) está presente en el mundo. Con la fe en la existencia de este poder ha surgido en la historia la esperanza de la salvación del mundo. Pero se trata precisamente de esperanza y no aún de cumplimiento; esperanza que nos da el valor para ponernos de la parte del bien aun cuando parece que ya no hay esperanza, y conscientes además de que, viendo el desarrollo de la historia tal como se manifiesta externamente, el poder de la culpa permanece como una presencia terrible, incluso para el futuro.

37. Volvamos a nuestro tema. Podemos tratar de limitar el sufrimiento, luchar contra él, pero no podemos suprimirlo. Precisamente cuando los hombres, intentando evitar toda dolencia, tratan de alejarse de todo lo que podría significar aflicción, cuando quieren ahorrarse la fatiga y

el dolor de la verdad, del amor y del bien, caen en una vida vacía en la que quizás ya no existe el dolor, pero en la que la oscura sensación de la falta de sentido y de la soledad es mucho mayor aún. Lo que cura al hombre no es esquivar el sufrimiento y huir ante el dolor, sino la capacidad de aceptar la tribulación, madurar en ella y encontrar en ella un sentido mediante la unión con Cristo, que ha sufrido con amor infinito. En este contexto, quisiera citar algunas frases de una carta del mártir vietnamita Pablo Le-Bao-Thin († 1857) en las que resalta esta transformación del sufrimiento mediante la fuerza de la esperanza que proviene de la fe. « Yo, Pablo, encarcelado por el nombre de Cristo, os quiero explicar las tribulaciones en que me veo sumergido cada día, para que, enfervorizados en el amor de Dios, alabéis conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia (cf. *Sal* 136 [135]). Esta cárcel es un verdadero infierno: a los crueles suplicios de toda clase, como son grillos, cadenas de hierro y ataduras, hay que añadir el odio, las venganzas, las calumnias, palabras indecentes, peleas, actos perversos, juramentos injustos, maldiciones y, finalmente, angustias y tristeza. Pero Dios, que en otro tiempo libró a los tres jóvenes del horno de fuego, está siempre conmigo y me libra de las tribulaciones y las convierte en dulzura, porque es eterna su misericordia. En medio de estos tormentos, que aterrorizarían a cualquiera, por la gracia de Dios estoy lleno de gozo y alegría, porque no estoy solo, sino que Cristo está conmigo[...]. ¿Cómo resistir este espectáculo, viendo cada día cómo los emperadores, los mandarines y sus cortesanos blasfeman tu santo nombre, Señor, que te sientas sobre los querubines y serafines? (cf. *Sal* 80 [79],2). ¡Mira, tu cruz es pisoteada por los paganos! ¿Dónde está tu gloria? Al ver todo esto, prefiero, encendido en tu amor, morir descuartizado, en testimonio de tu amor. Muestra, Señor, tu poder, sálvame y dame tu apoyo, para que la fuerza se manifieste en mi debilidad y sea glorificada ante los gentiles [...]. Queridos hermanos al escuchar todo esto, llenos de alegría, tenéis que dar gracias incesantes a Dios, de quien procede todo bien; bendecid conmigo al Señor, porque es eterna su misericordia [...]. Os escribo todo esto para se unan vuestra fe y la mía. En medio de esta tempestad echo el ancla hasta el trono de Dios, esperanza viva de mi corazón... ».²⁸ Ésta es una carta « desde el infierno ». Se expresa todo el horror de un campo de concentración en el cual, a los tormentos por parte de los tiranos, se añade el desencadenarse del mal en las víctimas mismas que, de este modo, se convierten incluso en nuevos instrumentos de la crueldad de los torturadores. Es una carta

desde el « infierno », pero en ella se hace realidad la exclamación del *Salmo*: « Si escalo el cielo, allí estás tú; si me acuesto en el abismo, allí te encuentro... Si digo: "Que al menos la tiniebla me encubra ...", ni la tiniebla es oscura para ti, la noche es clara como el día » (*Sal* 139 [138] 8-12; cf. *Sal* 23[22], 4). Cristo ha descendido al « infierno » y así está cerca de quien ha sido arrojado allí, transformando por medio de Él las tinieblas en luz. El sufrimiento y los tormentos son terribles y casi insoportables. Sin embargo, ha surgido la estrella de la esperanza, el ancla del corazón llega hasta el trono de Dios. No se desata el mal en el hombre, sino que vence la luz: el sufrimiento –sin dejar de ser sufrimiento– se convierte a pesar de todo en canto de alabanza.

38. La grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con el que sufre. Esto es válido tanto para el individuo como para la sociedad. Una sociedad que no logra aceptar a los que sufren y no es capaz de contribuir mediante la compasión a que el sufrimiento sea compartido y sobrellevado también interiormente, es una sociedad cruel e inhumana. A su vez, la sociedad no puede aceptar a los que sufren y sostenerlos en su dolencia si los individuos mismos no son capaces de hacerlo y, en fin, el individuo no puede aceptar el sufrimiento del otro si no logra encontrar personalmente en el sufrimiento un sentido, un camino de purificación y maduración, un camino de esperanza. En efecto, aceptar al otro que sufre significa asumir de alguna manera su sufrimiento, de modo que éste llegue a ser también mío. Pero precisamente porque ahora se ha convertido en sufrimiento compartido, en el cual se da la presencia de un otro, este sufrimiento queda traspasado por la luz del amor. La palabra latina *consolatio*, consolación, lo expresa de manera muy bella, sugiriendo un « ser-con » en la soledad, que entonces ya no es soledad. Pero también la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando mi bienestar, mi incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira. Y también el « sí » al amor es fuente de sufrimiento, porque el amor exige siempre nuevas renunciaciones de mi yo, en las cuales me dejo modelar y herir. En efecto, no puede existir el amor sin esta renuncia también dolorosa para mí,

de otro modo se convierte en puro egoísmo y, con ello, se anula a sí mismo como amor.

39. Sufrir con el otro, por los otros; sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo. Pero una vez más surge la pregunta: ¿somos capaces de ello? ¿El otro es tan importante como para que, por él, yo me convierta en una persona que sufre? ¿Es tan importante para mí la verdad como para compensar el sufrimiento? ¿Es tan grande la promesa del amor que justifique el don de mí mismo? En la historia de la humanidad, la fe cristiana tiene precisamente el mérito de haber suscitado en el hombre, de manera nueva y más profunda, la capacidad de estos modos de sufrir que son decisivos para su humanidad. La fe cristiana nos ha enseñado que verdad, justicia y amor no son simplemente ideales, sino realidades de enorme densidad. En efecto, nos ha enseñado que Dios –la Verdad y el Amor en persona– ha querido sufrir por nosotros y con nosotros. Bernardo de Claraval acuñó la maravillosa expresión: *Impassibilis est Deus, sed non incompassibilis*,²⁹ Dios no puede padecer, pero puede compadecer. El hombre tiene un valor tan grande para Dios que se hizo hombre para poder com-padecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre, como nos manifiesta el relato de la Pasión de Jesús. Por eso, en cada pena humana ha entrado uno que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza. Ciertamente, en nuestras penas y pruebas menores siempre necesitamos también nuestras grandes o pequeñas esperanzas: una visita afable, la cura de las heridas internas y externas, la solución positiva de una crisis, etc. También estos tipos de esperanza pueden ser suficientes en las pruebas más o menos pequeñas. Pero en las pruebas verdaderamente graves, en las cuales tengo que tomar mi decisión definitiva de anteponer la verdad al bienestar, a la carrera, a la posesión, es necesaria la verdadera certeza, la gran esperanza de la que hemos hablado. Por eso necesitamos también testigos, mártires, que se han entregado totalmente, para que nos lo demuestren día tras día. Los necesitamos en las pequeñas alternativas de la vida cotidiana, para preferir el bien a la comodidad, sabiendo que precisamente así vivimos realmente la vida. Digámoslo una vez más: la capacidad de

sufrir por amor de la verdad es un criterio de humanidad. No obstante, esta capacidad de sufrir depende del tipo y de la grandeza de la esperanza que llevamos dentro y sobre la que nos basamos. Los santos pudieron recorrer el gran camino del ser hombre del mismo modo en que Cristo lo recorrió antes de nosotros, porque estaban repletos de la gran esperanza.

40. Quisiera añadir aún una pequeña observación sobre los acontecimientos de cada día que no es del todo insignificante. La idea de poder «ofrecer» las pequeñas dificultades cotidianas, que nos aquejan una y otra vez como punzadas más o menos molestas, dándoles así un sentido, eran parte de una forma de devoción todavía muy difundida hasta no hace mucho tiempo, aunque hoy tal vez menos practicada. En esta devoción había sin duda cosas exageradas y quizás hasta malsanas, pero conviene preguntarse si acaso no comportaba de algún modo algo esencial que pudiera sernos de ayuda. ¿Qué quiere decir «ofrecer»? Estas personas estaban convencidas de poder incluir sus pequeñas dificultades en el gran com-padecer de Cristo, que así entraban a formar parte de algún modo del tesoro de compasión que necesita el género humano. De esta manera, las pequeñas contrariedades diarias podrían encontrar también un sentido y contribuir a fomentar el bien y el amor entre los hombres. Quizás debamos preguntarnos realmente si esto no podría volver a ser una perspectiva sensata también para nosotros.

III. El Juicio como lugar de aprendizaje y ejercicio de la esperanza

41. La parte central del gran *Credo* de la Iglesia, que trata del misterio de Cristo desde su nacimiento eterno del Padre y el nacimiento temporal de la Virgen María, para seguir con la cruz y la resurrección y llegar hasta su retorno, se concluye con las palabras: « de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos ». Ya desde los primeros tiempos, la perspectiva del Juicio ha influido en los cristianos, también en su vida diaria, como criterio para ordenar la vida presente, como llamada a su conciencia y, al mismo tiempo, como esperanza en la justicia de Dios. La fe en Cristo nunca ha mirado sólo hacia atrás ni sólo hacia arriba, sino siempre adelante, hacia la hora de la justicia que el Señor había preanunciado repetidamente. Este mirar hacia adelante ha dado la importancia que tiene el presente para el cristianismo. En la configuración de los edificios sagrados cristianos, que quería hacer

visible la amplitud histórica y cósmica de la fe en Cristo, se hizo habitual representar en el lado oriental al Señor que vuelve como rey –imagen de la esperanza–, mientras en el lado occidental estaba el Juicio final como imagen de la responsabilidad respecto a nuestra vida, una representación que miraba y acompañaba a los fieles justamente en su retorno a lo cotidiano. En el desarrollo de la iconografía, sin embargo, se ha dado después cada vez más relieve al aspecto amenazador y lúgubre del Juicio, que obviamente fascinaba a los artistas más que el esplendor de la esperanza, el cual quedaba con frecuencia excesivamente oculto bajo la amenaza.

42. En la época moderna, la idea del Juicio final se ha desvaído: la fe cristiana se entiende y orienta sobre todo hacia la salvación personal del alma; la reflexión sobre la historia universal, en cambio, está dominada en gran parte por la idea del progreso. Pero el contenido fundamental de la espera del Juicio no es que haya simplemente desaparecido, sino que ahora asume una forma totalmente diferente. El ateísmo de los siglos XIX y XX, por sus raíces y finalidad, es un moralismo, una protesta contra las injusticias del mundo y de la historia universal. Un mundo en el que hay tanta injusticia, tanto sufrimiento de los inocentes y tanto cinismo del poder, no puede ser obra de un Dios bueno. El Dios que tuviera la responsabilidad de un mundo así no sería un Dios justo y menos aún un Dios bueno. Hay que contestar este Dios precisamente en nombre de la moral. Y puesto que no hay un Dios que crea justicia, parece que ahora es el hombre mismo quien está llamado a establecer la justicia. Ahora bien, si ante el sufrimiento de este mundo es comprensible la protesta contra Dios, la pretensión de que la humanidad pueda y deba hacer lo que ningún Dios hace ni es capaz de hacer, es presuntuosa e intrínsecamente falsa. Si de esta premisa se han derivado las más grandes crueldades y violaciones de la justicia, no es fruto de la casualidad, sino que se funda en la falsedad intrínseca de esta pretensión. Un mundo que tiene que crear su justicia por sí mismo es un mundo sin esperanza. Nadie ni nada responde del sufrimiento de los siglos. Nadie ni nada garantiza que el cinismo del poder –bajo cualquier seductor revestimiento ideológico que se presente– no siga mangoneando en el mundo. Así, los grandes pensadores de la escuela de Francfort, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, han criticado tanto el ateísmo como el teísmo. Horkheimer ha excluido radicalmente que pueda encontrarse algún sucedáneo inmanente de Dios, pero rechazando al mismo tiempo

también la imagen del Dios bueno y justo. En una radicalización extrema de la prohibición veterotestamentaria de las imágenes, él habla de la « nostalgia del totalmente Otro », que permanece inaccesible: un grito del deseo dirigido a la historia universal. También Adorno se ha ceñido decididamente a esta renuncia a toda imagen y, por tanto, excluye también la « imagen » del Dios que ama. No obstante, siempre ha subrayado también esta dialéctica « negativa » y ha afirmado que la justicia, una verdadera justicia, requeriría un mundo « en el cual no sólo fuera suprimido el sufrimiento presente, sino también revocado lo que es irrevocablemente pasado ». ³⁰ Pero esto significaría –expresado en símbolos positivos y, por tanto, para él inapropiados– que no puede haber justicia sin resurrección de los muertos. Pero una tal perspectiva comportaría « la resurrección de la carne, algo que es totalmente ajeno al idealismo, al reino del espíritu absoluto ». ³¹

43. También el cristianismo puede y debe aprender siempre de nuevo de la rigurosa renuncia a toda imagen, que es parte del primer mandamiento de Dios (cf. *Ex* 20,4). La verdad de la teología negativa fue resaltada por el IV Concilio de Letrán, el cual declaró explícitamente que, por grande que sea la semejanza que aparece entre el Creador y la criatura, siempre es más grande la desemejanza entre ellos. ³² Para el creyente, no obstante, la renuncia a toda imagen no puede llegar hasta el extremo de tener que detenerse, como querrían Horkheimer y Adorno, en el « no » a ambas tesis, el teísmo y el ateísmo. Dios mismo se ha dado una « imagen »: en el Cristo que se ha hecho hombre. En Él, el Crucificado, se lleva al extremo la negación de las falsas imágenes de Dios. Ahora Dios revela su rostro precisamente en la figura del que sufre y comparte la condición del hombre abandonado por Dios, tomándola consigo. Este inocente que sufre se ha convertido en esperanza-certeza: Dios existe, y Dios sabe crear la justicia de un modo que nosotros no somos capaces de concebir y que, sin embargo, podemos intuir en la fe. Sí, existe la resurrección de la carne. ³³ Existe una justicia. ³⁴ Existe la « revocación » del sufrimiento pasado, la reparación que restablece el derecho. Por eso la fe en el Juicio final es ante todo y sobre todo esperanza, esa esperanza cuya necesidad se ha hecho evidente precisamente en las convulsiones de los últimos siglos. Estoy convencido de que la cuestión de la justicia es el argumento esencial o, en todo caso, el argumento más fuerte en favor de la fe en la vida eterna. La necesidad meramente individual de una satisfacción plena que se nos niega en esta vida, de

la inmortalidad del amor que esperamos, es ciertamente un motivo importante para creer que el hombre esté hecho para la eternidad; pero sólo en relación con el reconocimiento de que la injusticia de la historia no puede ser la última palabra en absoluto, llega a ser plenamente convincente la necesidad del retorno de Cristo y de la vida nueva.

44. La protesta contra Dios en nombre de la justicia no vale. Un mundo sin Dios es un mundo sin esperanza (cf. *Ef* 2,12). Sólo Dios puede crear justicia. Y la fe nos da esta certeza: Él lo hace. La imagen del Juicio final no es en primer lugar una imagen terrorífica, sino una imagen de esperanza; quizás la imagen decisiva para nosotros de la esperanza. ¿Pero no es quizás también una imagen que da pavor? Yo diría: es una imagen que exige la responsabilidad. Una imagen, por lo tanto, de ese pavor al que se refiere san Hilario cuando dice que todo nuestro miedo está relacionado con el amor.³⁵ Dios es justicia y crea justicia. Éste es nuestro consuelo y nuestra esperanza. Pero en su justicia está también la gracia. Esto lo descubrimos dirigiendo la mirada hacia el Cristo crucificado y resucitado. Ambas –justicia y gracia– han de ser vistas en su justa relación interior. La gracia no excluye la justicia. No convierte la injusticia en derecho. No es un cepillo que borra todo, de modo que cuanto se ha hecho en la tierra acabe por tener siempre igual valor. Contra este tipo de cielo y de gracia ha protestado con razón, por ejemplo, Dostoëvskij en su novela *Los hermanos Karamazov*. Al final los malvados, en el banquete eterno, no se sentarán indistintamente a la mesa junto a las víctimas, como si no hubiera pasado nada. A este respecto quisiera citar un texto de Platón que expresa un presentimiento del juicio justo, que en gran parte es verdadero y provechoso también para el cristiano. Aunque con imágenes mitológicas, pero que expresan de modo inequívoco la verdad, dice que al final las almas estarán desnudas ante el juez. Ahora ya no cuenta lo que fueron una vez en la historia, sino sólo lo que son de verdad. « Ahora [el juez] tiene quizás ante sí el alma de un rey [...] o algún otro rey o dominador, y no ve nada sano en ella. La encuentra flagelada y llena de cicatrices causadas por el perjurio y la injusticia [...] y todo es tortuoso, lleno de mentira y soberbia, y nada es recto, porque ha crecido sin verdad. Y ve cómo el alma, a causa de la arbitrariedad, el desenfreno, la arrogancia y la desconsideración en el actuar, está cargada de excesos e infamia. Ante semejante espectáculo, la manda enseguida a la cárcel, donde padecerá los castigos merecidos [...]. Pero a veces ve ante sí un alma diferente,

una que ha transcurrido una vida piadosa y sincera [...], se complace y la manda a la isla de los bienaventurados ».³⁶ En la parábola del rico epulón y el pobre Lázaro (cf. *Lc* 16, 19-31), Jesús ha presentado como advertencia la imagen de un alma similar, arruinada por la arrogancia y la opulencia, que ha cavado ella misma un foso infranqueable entre sí y el pobre: el foso de su cerrazón en los placeres materiales, el foso del olvido del otro y de la incapacidad de amar, que se transforma ahora en una sed ardiente y ya irremediable. Hemos de notar aquí que, en esta parábola, Jesús no habla del destino definitivo después del Juicio universal, sino que se refiere a una de las concepciones del judaísmo antiguo, es decir, la de una condición intermedia entre muerte y resurrección, un estado en el que falta aún la sentencia última.

45. Esta visión del antiguo judaísmo de la condición intermedia incluye la idea de que las almas no se encuentran simplemente en una especie de recinto provisional, sino que padecen ya un castigo, como demuestra la parábola del rico epulón, o que por el contrario gozan ya de formas provisionales de bienaventuranza. Y, en fin, tampoco falta la idea de que en este estado se puedan dar también purificaciones y curaciones, con las que el alma madura para la comunión con Dios. La Iglesia primitiva ha asumido estas concepciones, de las que después se ha desarrollado paulatinamente en la Iglesia occidental la doctrina del purgatorio. No necesitamos examinar aquí el complicado proceso histórico de este desarrollo; nos preguntamos solamente de qué se trata realmente. La opción de vida del hombre se hace en definitiva con la muerte; esta vida suya está ante el Juez. Su opción, que se ha fraguado en el transcurso de toda la vida, puede tener distintas formas. Puede haber personas que han destruido totalmente en sí mismas el deseo de la verdad y la disponibilidad para el amor. Personas en las que todo se ha convertido en mentira; personas que han vivido para el odio y que han pisoteado en ellas mismas el amor. Ésta es una perspectiva terrible, pero en algunos casos de nuestra propia historia podemos distinguir con horror figuras de este tipo. En semejantes individuos no habría ya nada remediable y la destrucción del bien sería irrevocable: esto es lo que se indica con la palabra *infierno*.³⁷ Por otro lado, puede haber personas purísimas, que se han dejado impregnar completamente de Dios y, por consiguiente, están totalmente abiertas al prójimo; personas cuya comunión con Dios orienta ya desde ahora todo su ser y cuyo caminar hacia Dios les lleva sólo a culminar lo que ya son.³⁸

46. No obstante, según nuestra experiencia, ni lo uno ni lo otro son el caso normal de la existencia humana. En gran parte de los hombres – eso podemos suponer– queda en lo más profundo de su ser una última apertura interior a la verdad, al amor, a Dios. Pero en las opciones concretas de la vida, esta apertura se ha empañado con nuevos compromisos con el mal; hay mucha suciedad que recubre la pureza, de la que, sin embargo, queda la sed y que, a pesar de todo, rebrota una vez más desde el fondo de la inmundicia y está presente en el alma. ¿Qué sucede con estas personas cuando comparecen ante el Juez? Toda la suciedad que ha acumulado en su vida, ¿se hará de repente irrelevante? O, ¿qué otra cosa podría ocurrir? San Pablo, en la *Primera Carta a los Corintios*, nos da una idea del efecto diverso del juicio de Dios sobre el hombre, según sus condiciones. Lo hace con imágenes que quieren expresar de algún modo lo invisible, sin que podamos traducir estas imágenes en conceptos, simplemente porque no podemos asomarnos a lo que hay más allá de la muerte ni tenemos experiencia alguna de ello. Pablo dice sobre la existencia cristiana, ante todo, que ésta está construida sobre un fundamento común: Jesucristo. Éste es un fundamento que resiste. Si hemos permanecido firmes sobre este fundamento y hemos construido sobre él nuestra vida, sabemos que este fundamento no se nos puede quitar ni siquiera en la muerte. Y continúa: « Encima de este cimiento edifican con oro, plata y piedras preciosas, o con madera, heno o paja. Lo que ha hecho cada uno saldrá a la luz; el día del juicio lo manifestará, porque ese día despuntará con fuego y el fuego pondrá a prueba la calidad de cada construcción. Aquel, cuya obra, construida sobre el cimiento, resista, recibirá la recompensa, mientras que aquel cuya obra quede abrasada sufrirá el daño. No obstante, él quedará a salvo, pero como quien pasa a través del fuego » (3,12-15). En todo caso, en este texto se muestra con nitidez que la salvación de los hombres puede tener diversas formas; que algunas de las cosas construidas pueden consumirse totalmente; que para salvarse es necesario atravesar el « fuego » en primera persona para llegar a ser definitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno.

47. Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera

para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, « como a través del fuego ». Pero es un dolor bienaventurado, en el cual el poder santo de su amor nos penetra como una llama, permitiéndonos ser por fin totalmente nosotros mismos y, con ello, totalmente de Dios. Así se entiende también con toda claridad la compenetración entre justicia y gracia: nuestro modo de vivir no es irrelevante, pero nuestra inmundicia no nos ensucia eternamente, al menos si permanecemos orientados hacia Cristo, hacia la verdad y el amor. A fin de cuentas, esta suciedad ha sido ya quemada en la Pasión de Cristo. En el momento del Juicio experimentamos y acogemos este predominio de su amor sobre todo el mal en el mundo y en nosotros. El dolor del amor se convierte en nuestra salvación y nuestra alegría. Está claro que no podemos calcular con las medidas cronométricas de este mundo la « duración » de éste arder que transforma. El « momento » transformador de este encuentro está fuera del alcance del cronometraje terrenal. Es tiempo del corazón, tiempo del « paso » a la comunión con Dios en el Cuerpo de Cristo.³⁹ El Juicio de Dios es esperanza, tanto porque es justicia, como porque es gracia. Si fuera solamente gracia que convierte en irrelevante todo lo que es terrenal, Dios seguiría debiéndonos aún la respuesta a la pregunta sobre la justicia, una pregunta decisiva para nosotros ante la historia y ante Dios mismo. Si fuera pura justicia, podría ser al final sólo un motivo de temor para todos nosotros. La encarnación de Dios en Cristo ha unido uno con otra –juicio y gracia– de tal modo que la justicia se establece con firmeza: todos nosotros esperamos nuestra salvación « con temor y temblor » (*Fil 2,12*). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro con el Juez, que conocemos como nuestro « abogado », *parakletos* (cf. *1 Jn 2,1*).

48. Sobre este punto hay que mencionar aún un aspecto, porque es importante para la praxis de la esperanza cristiana. El judaísmo antiguo piensa también que se puede ayudar a los difuntos en su condición intermedia por medio de la oración (cf. por ejemplo *2 Mc 12,38-45*: siglo I a. C.). La respectiva praxis ha sido adoptada por los cristianos

con mucha naturalidad y es común tanto en la Iglesia oriental como en la occidental. El Oriente no conoce un sufrimiento purificador y expiatorio de las almas en el « más allá », pero conoce ciertamente diversos grados de bienaventuranza, como también de padecimiento en la condición intermedia. Sin embargo, se puede dar a las almas de los difuntos « consuelo y alivio » por medio de la Eucaristía, la oración y la limosna. Que el amor pueda llegar hasta el más allá, que sea posible un recíproco dar y recibir, en el que estamos unidos unos con otros con vínculos de afecto más allá del confín de la muerte, ha sido una convicción fundamental del cristianismo de todos los siglos y sigue siendo también hoy una experiencia consoladora. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos que ya se fueron un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón? Ahora nos podríamos hacer una pregunta más: si el « purgatorio » es simplemente el ser purificado mediante el fuego en el encuentro con el Señor, Juez y Salvador, ¿cómo puede intervenir una tercera persona, por más que sea cercana a la otra? Cuando planteamos una cuestión similar, deberíamos darnos cuenta que ningún ser humano es una mónada cerrada en sí misma. Nuestras existencias están en profunda comunión entre sí, entrelazadas unas con otras a través de múltiples interacciones. Nadie vive solo. Ninguno peca solo. Nadie se salva solo. En mi vida entra continuamente la de los otros: en lo que pienso, digo, me ocupo o hago. Y viceversa, mi vida entra en la vida de los demás, tanto en el bien como en el mal. Así, mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte. En el entramado del ser, mi gratitud para con él, mi oración por él, puede significar una pequeña etapa de su purificación. Y con esto no es necesario convertir el tiempo terrenal en el tiempo de Dios: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal. Nunca es demasiado tarde para tocar el corazón del otro y nunca es inútil. Así se aclara aún más un elemento importante del concepto cristiano de esperanza. Nuestra esperanza es siempre y esencialmente también esperanza para los otros; sólo así es realmente esperanza también para mí.⁴⁰ Como cristianos, nunca deberíamos preguntarnos solamente: ¿Cómo puedo salvarme yo mismo? Deberíamos preguntarnos también: ¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza? Entonces habré hecho el máximo también por mi salvación personal.

María, estrella de la esperanza

49. Con un himno del siglo VIII/IX, por tanto de hace más de mil años, la Iglesia saluda a María, la Madre de Dios, como « estrella del mar »: *Ave maris stella*. La vida humana es un camino. ¿Hacia qué meta? ¿Cómo encontramos el rumbo? La vida es como un viaje por el mar de la historia, a menudo oscuro y borrascoso, un viaje en el que escudriñamos los astros que nos indican la ruta. Las verdaderas estrellas de nuestra vida son las personas que han sabido vivir rectamente. Ellas son luces de esperanza. Jesucristo es ciertamente la luz por antonomasia, el sol que brilla sobre todas las tinieblas de la historia. Pero para llegar hasta Él necesitamos también luces cercanas, personas que dan luz reflejando la luz de Cristo, ofreciendo así orientación para nuestra travesía. Y ¿quién mejor que María podría ser para nosotros estrella de esperanza, Ella que con su « sí » abrió la puerta de nuestro mundo a Dios mismo; Ella que se convirtió en el Arca viviente de la Alianza, en la que Dios se hizo carne, se hizo uno de nosotros, plantó su tienda entre nosotros (cf. *Jn 1,14*)?

50. Así, pues, la invocamos: Santa María, tú fuiste una de aquellas almas humildes y grandes en Israel que, como Simeón, esperó « el consuelo de Israel » (*Lc 2,25*) y esperaron, como Ana, « la redención de Jerusalén » (*Lc 2,38*). Tú viviste en contacto íntimo con las Sagradas Escrituras de Israel, que hablaban de la esperanza, de la promesa hecha a Abrahán y a su descendencia (cf. *Lc 1,55*). Así comprendemos el santo temor que te sobrevino cuando el ángel de Dios entró en tu aposento y te dijo que darías a luz a Aquel que era la esperanza de Israel y la esperanza del mundo. Por ti, por tu « sí », la esperanza de milenios debía hacerse realidad, entrar en este mundo y su historia. Tú te has inclinado ante la grandeza de esta misión y has dicho « sí »: « Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra » (*Lc 1,38*). Cuando llena de santa alegría fuiste aprisa por los montes de Judea para visitar a tu pariente Isabel, te convertiste en la imagen de la futura Iglesia que, en su seno, lleva la esperanza del mundo por los montes de la historia. Pero junto con la alegría que, en tu *Magnificat*, con las palabras y el canto, has difundido en los siglos, conocías también las afirmaciones oscuras de los profetas sobre el sufrimiento del siervo de Dios en este mundo. Sobre su nacimiento en el establo de Belén brilló el resplandor de los ángeles que llevaron la buena nueva a los pastores, pero al mismo tiempo se

hizo de sobra palpable la pobreza de Dios en este mundo. El anciano Simeón te habló de la espada que traspasaría tu corazón (cf. *Lc* 2,35), del signo de contradicción que tu Hijo sería en este mundo. Cuando comenzó después la actividad pública de Jesús, debiste quedarte a un lado para que pudiera crecer la nueva familia que Él había venido a instituir y que se desarrollaría con la aportación de los que hubieran escuchado y cumplido su palabra (cf. *Lc* 11,27s). No obstante toda la grandeza y la alegría de los primeros pasos de la actividad de Jesús, ya en la sinagoga de Nazaret experimentaste la verdad de aquella palabra sobre el « signo de contradicción » (cf. *Lc* 4,28ss). Así has visto el poder creciente de la hostilidad y el rechazo que progresivamente fue creándose en torno a Jesús hasta la hora de la cruz, en la que viste morir como un fracasado, expuesto al escarnio, entre los delincuentes, al Salvador del mundo, el heredero de David, el Hijo de Dios. Recibiste entonces la palabra: « Mujer, ahí tienes a tu hijo » (*Jn* 19,26). Desde la cruz recibiste una nueva misión. A partir de la cruz te convertiste en madre de una manera nueva: madre de todos los que quieren creer en tu Hijo Jesús y seguirlo. La espada del dolor traspasó tu corazón. ¿Había muerto la esperanza? ¿Se había quedado el mundo definitivamente sin luz, la vida sin meta? Probablemente habrás escuchado de nuevo en tu interior en aquella hora la palabra del ángel, con la cual respondió a tu temor en el momento de la anunciación: « No temas, María » (*Lc* 1,30). ¡Cuántas veces el Señor, tu Hijo, dijo lo mismo a sus discípulos: no temáis! En la noche del Gólgota, oíste una vez más estas palabras en tu corazón. A sus discípulos, antes de la hora de la traición, Él les dijo: « Tened valor: Yo he vencido al mundo » (*Jn* 16,33). « No tiemble vuestro corazón ni se acobarde » (*Jn* 14,27). « No temas, María ». En la hora de Nazaret el ángel también te dijo: « Su reino no tendrá fin » (*Lc* 1,33). ¿Acaso había terminado antes de empezar? No, junto a la cruz, según las palabras de Jesús mismo, te convertiste en madre de los creyentes. Con esta fe, que en la oscuridad del Sábado Santo fue también certeza de la esperanza, te has ido a encontrar con la mañana de Pascua. La alegría de la resurrección ha conmovido tu corazón y te ha unido de modo nuevo a los discípulos, destinados a convertirse en familia de Jesús mediante la fe. Así, estuviste en la comunidad de los creyentes que en los días después de la Ascensión oraban unánimes en espera del don del Espíritu Santo (cf. *Hch* 1,14), que recibieron el día de Pentecostés. El « reino » de Jesús era distinto de como lo habían podido imaginar los hombres. Este « reino » comenzó en aquella hora

y ya nunca tendría fin. Por eso tú permaneces con los discípulos como madre suya, como Madre de la esperanza. Santa María, Madre de Dios, Madre nuestra, enséñanos a creer, esperar y amar contigo. Indícanos el camino hacia su reino. Estrella del mar, brilla sobre nosotros y guíanos en nuestro camino.

Dado en Roma, junto a San Pedro, el 30 de noviembre, fiesta del Apóstol san Andrés, del año 2007, tercero de mi pontificado.

Notas:

¹Cf. *Corpus Inscriptionum Latinarum*, vol. VI, n. 26003.

²Cf. *Poemas dogmáticos*, V, 55-64: PG 37, 428-429.

³Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 1817-1821.

⁴*Summa Theologiae*, II-II, q. 4, a. 1.

⁵ H. Köster: *ThWNT VIII* (1969), 585.

⁶*De excessu fratris sui Satyri*, II, 47: CSEL 73, 274.

⁷*Ibíd.*, II, 46: CSEL 73, 273.

⁸Cf. *Ep. 130 Ad Probam* 14, 25-15, 28: CSEL 44, 68-73.

⁹Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1025.

¹⁰Jean Giono, *Les vraies richesses* (1936), Préface, Paris 1992, pp. 18-20; cf. Henri de Lubac, *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, Paris 1983, p. VII.

¹¹*Ep. 130 Ad Probam* 13, 24: CSEL 44, 67.

¹²*Sententiae*, III, 118 : CCL 6/2, 215.

¹³Cf. *ibíd.*, III, 71: CCL 6/2,107-108.

¹⁴*Novum Organum* I, 117.

¹⁵Cf. *ibíd.*, I, 129.

¹⁶Cf. *New Atlantis*.

¹⁷En *Werke* IV: W. Weischedel, ed. (1956), 777.

¹⁸I. Kant, *Das Ende aller Dinge: Werke* IV, W. Weischedel, ed. (1964), 190.

¹⁹*Capítulos sobre la caridad, Centuria 1, cap 1: PG 90, 965.*

²⁰Cf. *ibíd.*: PG 90, 962-966.

- ²¹*Conf. X 43, 70: CSEL 33, 279.*
- ²²*Sermo 340, 3: PL 38, 1484; cf. F. van der Meer, Agustín pastor de almas, Madrid (1965), 351.*
- ²³*Sermo 339, 4: PL 38, 1481.*
- ²⁴*Conf. X, 43, 69: CSEL 33, 279.*
- ²⁵*Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, n. 2657.*
- ²⁶*Cf. In 1 Joannis 4, 6: PL 35, 2008s.*
- ²⁷*Cf. Testigos de esperanza, Ciudad Nueva 2000, 135s.*
- ²⁸*Breviario Romano, Oficio de Lectura, 24 noviembre.*
- ²⁹*Sermones in Cant. Sermon. 26,5: PL 183, 906.*
- ³⁰*Negative Dialektik (1966), Tercera parte, III, 11: Gesammelte Schriften, vol. VI, Frankfurt/Main, 1973, 395.*
- ³¹*Ibid., Segunda parte, 207.*
- ³²*Cf. DS, 806.*
- ³³*Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 988-1004.*
- ³⁴*Cf. ibíd., n. 1004.*
- ³⁵*Cf. Tractatus super Psalmos, Ps. 127, 1-3: CSEL 22, 628-630.*
- ³⁶*Gorgias 525a-526c.*
- ³⁷*Cf. Catecismo de la Iglesia Católica, nn. 1033-1037.*
- ³⁸*Cf. ibíd., nn. 1023-1029.*
- ³⁹*Cf. ibíd., nn. 1030-1032.*
- ⁴⁰*Cf. ibíd., n. 1032*

**MENSAJE DEL PAPA PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL
EMIGRANTE Y EL REFUGIADO 2008**
“Los Jóvenes migrantes”
13 de enero de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

El tema de la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado invita este año a reflexionar en particular sobre los jóvenes migrantes. En efecto, las crónicas diarias hablan con frecuencia de ellos. El amplio proceso de globalización del mundo lleva consigo una necesidad de movilidad que impulsa también a muchos jóvenes a emigrar y a vivir lejos de sus familias y de sus propios países. Como consecuencia de esto, la juventud dotada de los mejores recursos intelectuales abandona a menudo los países de origen, mientras en los países que reciben a los migrantes rigen normas que dificultan su efectiva integración. De hecho, el fenómeno de la emigración va aumentando siempre más y abarca un gran número de personas de todas las condiciones sociales. Por consiguiente, con razón, las instituciones públicas, las organizaciones humanitarias y también la Iglesia católica dedican muchos de sus recursos para atender a estas personas en dificultad.

Los jóvenes migrantes son particularmente sensibles a la problemática constituida por la denominada “dificultad de la doble pertenencia”: por un lado, sienten vivamente la necesidad de no perder la cultura de origen, mientras, por el otro, surge en ellos el comprensible deseo de insertarse orgánicamente en la sociedad que los acoge, sin que esto, no obstante, implique una completa asimilación y la consiguiente pérdida de las tradiciones ancestrales. Entre esa juventud están las jóvenes, más fácilmente víctimas de la explotación, de chantajes morales e incluso de toda clase de abusos. ¿Qué decir de los adolescentes, de los menores no acompañados, que constituyen una categoría en peligro entre los que solicitan asilo? Estos chicos y chicas terminan con frecuencia en la calle, abandonados a sí mismos y víctimas de explotadores sin escrúpulos que, más de una vez, los transforman en objeto de violencia física, moral y sexual.

Si observamos más de cerca el sector de los migrantes forzosos, de los refugiados, de los prófugos y de las víctimas del tráfico de seres humanos, encontramos, desafortunadamente, muchos niños y adolescentes. A este respecto, es imposible callar ante las imágenes desgarradoras de los grandes campos de prófugos y de refugiados, presentes en distintas partes del mundo. ¿Cómo no pensar que esos pequeños seres han llegado al mundo con las mismas, legítimas esperanzas de felicidad que los otros? Y, al mismo tiempo, ¿cómo no recordar que la infancia y la adolescencia son fases de fundamental importancia para el desarrollo del hombre y de la mujer, y requieren estabilidad, serenidad y seguridad? Estos niños y adolescentes han tenido como única experiencia de vida los "campos" de permanencia obligatoria, donde se hallan segregados, lejos de los centros habitados y sin la posibilidad de ir normalmente a la escuela. ¿Cómo pueden mirar con confianza hacia su propio futuro? Es cierto que se está haciendo mucho por ellos, pero es verdad también que es necesario dedicarse aún más a ayudarles, mediante la creación de estructuras idóneas de acogida y de formación.

Desde esta perspectiva, precisamente, se plantea la siguiente pregunta: ¿cómo responder a las expectativas de los jóvenes migrantes? ¿Qué hacer para satisfacerlas? Desde luego, hay que contar, en primer lugar, con el apoyo de la familia y de la escuela. Pero, ¡cuán complejas son las situaciones, y numerosas las dificultades que encuentran estos jóvenes en sus contextos familiares y escolares! En las familias se han olvidado los papeles tradicionales que existían en los países de origen y se asiste con frecuencia a un choque entre los padres, que han permanecido anclados a la propia cultura, y los hijos, aculturados con gran rapidez en los nuevos contextos sociales. No hay que descuidar, sin embargo, el esfuerzo que los jóvenes deben realizar para insertarse en los itinerarios educativos vigentes en los países que los acogen. El mismo sistema escolar, por tanto, debería tener en cuenta su situación y prever, para los jóvenes inmigrados, caminos específicos formativos de integración, apropiados a sus necesidades. Será muy importante, también, tratar de crear en las aulas un clima de respeto recíproco y diálogo entre todos los alumnos, sobre la base de los principios y valores universales que son comunes a todas las culturas. El empeño de todos (docentes, familias y estudiantes) contribuirá, ciertamente, a ayudar a los jóvenes migrantes a afrontar del mejor modo posible el desafío de la integración y les dará la posibilidad de adquirir todo aquello que puede ser provechoso para su formación humana, cultural y profesional. Esto vale aún más para

los jóvenes refugiados, para los que habrá que preparar programas adecuados, tanto en el ámbito escolar como en el del trabajo, con el objeto de garantizarles una preparación, proporcionándoles las bases necesarias para una correcta integración en el nuevo mundo social, cultural y profesional.

La Iglesia considera con especial atención el mundo de los migrantes y pide a los que han recibido en sus países de origen una formación cristiana que hagan fructificar ese patrimonio de fe y de valores evangélicos para que se pueda dar un testimonio coherente en los distintos contextos existenciales. Por esto, precisamente, invito a las comunidades eclesiales de llegada a que acojan cordialmente a los jóvenes y a los pequeños con sus padres, tratando de comprender sus vicisitudes y de favorecer su integración.

Existe, además, entre los migrantes, como ya lo escribí en el Mensaje del año pasado, una categoría que se ha de tener especialmente en cuenta, a saber, la de los estudiantes de otros países que, por motivos de estudio se encuentran lejos de casa. Su número aumenta continuamente; son jóvenes que necesitan una pastoral específica porque no sólo son estudiantes, como todos, sino también migrantes temporales. A menudo se sienten solos, bajo la presión del estudio, y a veces oprimidos por las dificultades económicas. La Iglesia, con materna solicitud, los mira con afecto y procura realizar intervenciones específicas, pastorales y sociales, que tengan en cuenta los grandes recursos de su juventud. Es preciso, igualmente, ayudarles a abrirse al dinamismo de la dimensión intercultural, enriqueciéndose al estar en contacto con otros estudiantes de culturas y religiones distintas. Para los jóvenes cristianos, esta experiencia de estudio y de formación puede ser un campo útil para madurar su fe, estimulada a abrirse a ese universalismo que es elemento constitutivo de la Iglesia católica.

Queridos jóvenes migrantes: preparaos a construir, con vuestros coetáneos, una sociedad más justa y fraterna, cumpliendo escrupulosamente y con seriedad vuestros deberes con vuestras familias y con el Estado. Respetad las leyes y no os dejéis llevar nunca por el odio y la violencia. Procurad, más bien, ser protagonistas, desde ahora, de un mundo donde reinen la comprensión y la solidaridad, la justicia y la paz. En particular a vosotros, jóvenes creyentes, os pido que aprovechéis el tiempo de vuestros estudios para crecer en el conocimiento y en el amor a Cristo. Jesús quiere que seáis verdaderos amigos suyos y por esto es necesario que cultivéis constantemente una

Íntima relación con Él en la oración y en la dócil escucha de su Palabra. Él quiere que seáis sus testigos y por eso es preciso que os comprometáis a vivir con valor el Evangelio, traduciéndolo en gestos concretos de amor a Dios y de servicio generoso a los hermanos. La Iglesia también os necesita y cuenta con vuestra aportación. Podéis desarrollar una función providencial en el actual contexto de la evangelización. Originarios de culturas distintas, pero unidos todos por la pertenencia a la única Iglesia de Cristo, podéis mostrar que el Evangelio está vivo y es apropiado para cada situación; es un mensaje antiguo y siempre nuevo; Palabra de esperanza y de salvación para los hombres de todas las razas y culturas, de todas las edades y de todas las épocas.

A María, Madre de toda la humanidad, y a José, su castísimo esposo, ambos prófugos con Jesús en Egipto, les encomiendo cada uno de vosotros, vuestras familias, los que trabajan, de distintos modos, en vuestro amplio mundo de jóvenes migrantes, los voluntarios y los agentes de pastoral que os acompañan con su disponibilidad y su apoyo de amigos.

Que el Señor esté siempre cerca de vosotros y de vuestras familias, para que, juntos, podáis superar los obstáculos y las dificultades materiales y espirituales que encontraréis en vuestro camino. Acompaño estos votos con una especial Bendición Apostólica para cada uno de vosotros y para las personas que os rodean.

Vaticano, 18 de octubre, 2007

BENEDICTUS PP. XVI

Nombramientos

Monseñor Ángel Rubio Castro, ha sido nombrado por Su Santidad, Obispo de Segovia.

Monseñor Grzegorz Kaszak, ha sido nombrado por Su Santidad, secretario del Consejo Pontificio para la Familia

Monseñor Jean-Louis Bruguès, religioso de la Orden de los Predicadores (dominicos), ha sido nombrado por Su Santidad, Secretario de la

Congregación para la Educación Católica, elevándole a la dignidad de Arzobispo.

El sacerdote agustino Mariano Moreno García, ha sido nombrado por Su Santidad, nuevo Obispo Prelado de Cafayate (Argentina).

P. Juan Antonio Martínez Camino, S.J ha sido nombrado por Su Santidad, Obispo Auxiliar de la Archidiócesis de Madrid, asignándole la sede titular de Bigastro.

El padre Jesús Tirso Blanco ha sido nombrado por Su Santidad, nuevo obispo de Lwena

El Arzobispo Henryk Józef Nowacki ha sido nombrado Nuncio Apostólico en Nicaragua.

Monseñor Óscar Urbina Ortega ha sido nombrado nuevo arzobispo de Villavicencio (Colombia).

Alfonso Carrasco Rouco, ha sido nombrado por Su Santidad Obispo de la diócesis de Lugo.

Monseñor Paul Tighe, ha sido nombrado por Su Santidad Secretario del Consejo Pontificio para las Comunicaciones Sociales

Agenda del Cardenal Arzobispo

Noviembre de 2007

- 1** 9.30 Preside la Eucaristía en la inauguración del Capítulo de las Salesianas en Sanlúcar la Mayor.
- 12.00 Preside la Función Principal Parroquial, en la parroquia de Omnium Sanctorum de Sevilla, con motivo de la Fiesta de Todos los Santos, Título de la misma. Además administra el Sacramento de la Confirmación en la celebración.
- 17.00 Preside la inauguración del I Congreso de Educadores Franciscanos, en el Palacio de Congresos de Córdoba.
- 18.30 Imparte Conferencia en el mismo Congreso de Educadores Franciscanos, con el título "El legado de Francisco de Asís y los Franciscanos a la Iglesia y a la sociedad".
- 2** 09.00 Preside la Misa por los difuntos en la Explanada del Cristo de las Mieles del Cementerio de San Fernando de Sevilla.

- 10.30 En el Taller del escultor Miñarro, asiste al acto de puesta del 1º barro de la que será la escultura de Su Santidad Juan Pablo II.
- 12.00 Preside, en el Tanatorio de la SE-30, la Misa de Exequias de D. Manuel Belloso, padre de Enrique Belloso, Delegado Diocesano de Apostolado Seglar.
- 13.30 Entrevista para una Revista de Sevilla.
- 17.00 Grabación entrevista Canal Sur programa "El Llamador".
- 19.00 Preside Misa de Difuntos para la Academia de Medicina en la Capilla Real de la S. I. Catedral.
- 3** Mañana Durante toda la mañana recibe, con motivo del onomástico del Sr. Cardenal, en el Salón del Trono del Arzobispado, las felicitaciones de todas las realidades pastorales e instituciones de la diócesis.
- 20.00 Preside la Eucaristía-sabatina en la Capilla Real de la S. I. Catedral, en el curso de la cual hace entrega de la Medalla "Pro Ecclesia et Pontifice" a D. Joaquín Mora García y a D. José Almoguera del Río.
- 4** Mañana Felicitaciones del Sr. Cardenal.
- 19.00 Preside, en la Capilla de la Casa General de las Hermanas de la Cruz, la Eucaristía en el Triduo a Santa Ángela de la Cruz
- 5** 12.00 Preside Reunión con los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica en el Arzobispado.
- Tarde Recibe audiencias.
- 19.30 Preside el Acto de entrega de Premios "Lux et Veritas", instituidos por la FECAPA -Federación Católica de Padres de Alumnos-, en los RR. Alcázares de Sevilla.
- 6** Mañana Recibe audiencias.

- 11.00 Preside Rueda de Prensa sobre las "Jornadas de Cristianos y Vida Pública", organizadas por la Fundación San Pablo CEU Andalucía y la Universidad Fernando III, en el Aula Antonio Domínguez del Arzobispado.
- 12.30 Preside Misa por los sacerdotes difuntos en la Capilla Real de la S. I. Catedral.
- 13.45 Inauguración de unos Talleres de Bordado "Carrera Iglesias".
- 19.00 Preside Eucaristía y Confirmaciones en la Basílica de la Macarena
- 7** Mañana Recibe audiencias durante toda la mañana.
- 17.30 Preside, en la Capilla Real de la S. I. Catedral, la Eucaristía inauguración de Curso de MANOS UNIDAS.
- 20.00 Preside Misa de Difuntos de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla, en su Capilla.
- 8** Mañana Viaja a MADRID para asistir a la reunión del Comité Ejecutivo de la C.E.E.
- 20.30 Preside Misa de Difunto por el sacerdote D. Paulino Castañeda, en la Capilla Real de la S. I. Catedral.
- 9** 11.00 Encuentro Institucional con los Alcaldes de la región del Vallés de México y el Ayuntamiento de Bollillos de la Mitación, en el salón del Trono del Arzobispado.
- 16.30 Preside la Apertura de las "Jornadas Cristianos y Vida Pública", en el Campus Universitario de Bormujos.
- 20.30 Preside, en la parroquia de Santa María de Écija, la Eucaristía con entrega de Medalla "Pro Ecclesia et Pontifice" a D. Manuel Rosa Bermudo.
- 10** 12.00 Preside Eucaristía con Jóvenes de un Campo de Trabajo en la parroquia de San Sebastián de Sevilla.
- 19.00 Preside el Acto de Clausura de las Jornadas "Cristianos y Vida Pública".

- 19.30 Preside la Eucaristía de Clausura de las mismas.
- 11** Mañana Inicia la Peregrinación a TIERRA SANTA.
20.00 Preside la Eucaristía en Getsemaní para los 350 peregrinos de Sevilla.
- 12** Mañana Preside la Eucaristía en la Basílica de Belén
- 13** Mañana Preside el rito de entrada con los Peregrinos a la Basílica del Santo Sepulcro y la Eucaristía a continuación.
- 14** Mañana Regreso de Tierra Santa.
Tarde Emprende viaje a MURCIA.
- 15** 09.00 Preside la Eucaristía en la UCAM.
- 10.00 Imparte Conferencia dentro del II Congreso Internacional de Religiosidad Popular, en Murcia.
Tarde Regresa a Sevilla.
- 16** 12.00 Preside reunión de la Comisión del Diaconado Permanente.
18.00 Preside Eucaristía en el Encuentro de PP. Camilos en Betania, San Juan de Aznalfarache.
20.00 Confirmaciones en la parroquia de Santa Clara de Sevilla.
- 17** 09.00 Preside el rezo de Laudes y dirige alocución en la Escuela de Otoño de Cáritas Diocesana, en el Seminario de Pilas.
12.30 Confirmaciones en la parroquia del Stmo. Redentor de Sevilla.
17.00 Dirige alocución a las asistentes a la Asamblea Diocesana de ANFE, Adoración Nocturna Femenina, reunidas en el Convento del Espíritu Santo de Sevilla.
20.00 Preside Eucaristía en Coria del Río, en el XL Encuentro Nacional de Hermandades del Gran Poder de toda España, en la parroquia de la Estrella de la citada localidad.
- 18** Día de la Iglesia Diocesana.

- 12.00 Confirmaciones en la parroquia de Jesús de Nazaret y Ntra. Sra. de Consolación.
- 20.00 Preside Eucaristía de la Hermandad del Silencio de la parroquia de Santa Cruz de Écija.
- 19** Mañana Viaja a MADRID para asistir, durante toda la semana, a la reunión de la Asamblea Plenaria de la C.E.E.
- 20** Mañana Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- 13.00 Asiste a la Presentación del libro "Comunidades de San Egidio", en el Senado.
- 21** Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- 22** Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.
- 12.00 Participa en el Congreso Educativo FERE-CECA, Madrid
- Tarde Emprende viaje a ROMA.
- 23** Participa en la reunión pre-consistorial en Roma.
- 24** Mañana Participa en el Consistorio Público de Creación de Nuevos Cardenales en San Pedro.
- 14.00 Recepción Oficial a los nuevos Cardenales en la Embajada de España ante la santa Sede.
- Tarde Visita "Ad Calorem".
- 25** 10.00 Participa en la Eucaristía, presidida por el Santo Padre, de entrega de anillos a los nuevos Cardenales, en la Basílica de San Pedro
- 26** Mañana Audiencia con el Santo Padre Benedicto XVI.(Junta de Patronos del CET).
- 18.00 Confirmaciones en las Mercedarias de San José de la c/ Levías.
- 20.00 Preside Acto del Centenario del nacimiento del P. Arrupe
- 27** 10.00 Grabación programa TV Alcalá de Guadaíra.

- 12.30 Firma del Convenio de Iluminación de la Iglesia del Divino Salvador.
- 17.00 Preside la reunión de la Asociación "Costaleros para un Cristo vivo", en la sede de la misma.
- 20.00 Preside Eucaristía en la Capilla del Arzobispado, con motivo de 40 aniversario de matrimonio.
- 28** 10.00 Grabación programas POPULAR TV.
Mañana Audiencias a sacerdotes.
18.00 Visita mensual al Seminario.
- 29** Mañana Preside reunión del Consejo Presbiteral, en la Casa Diocesana de Ejercicios "Betania", San Juan de Aznalfarache.
19.00 Preside Eucaristía de Acción de Gracias de la Hermandad de la Vera Cruz de El Viso del Alcor. Con posterior Bendición de la nueva Casa Hermandad.
- 30** 12.00 Reunión del Patronato de Peñaflo.
18.00 Inauguración de las Jornadas de Pastoral Juvenil, en el Colegio Mayor Don Bosco.
17.30 Confirmaciones en la parroquia de la Victoria de Osuna.